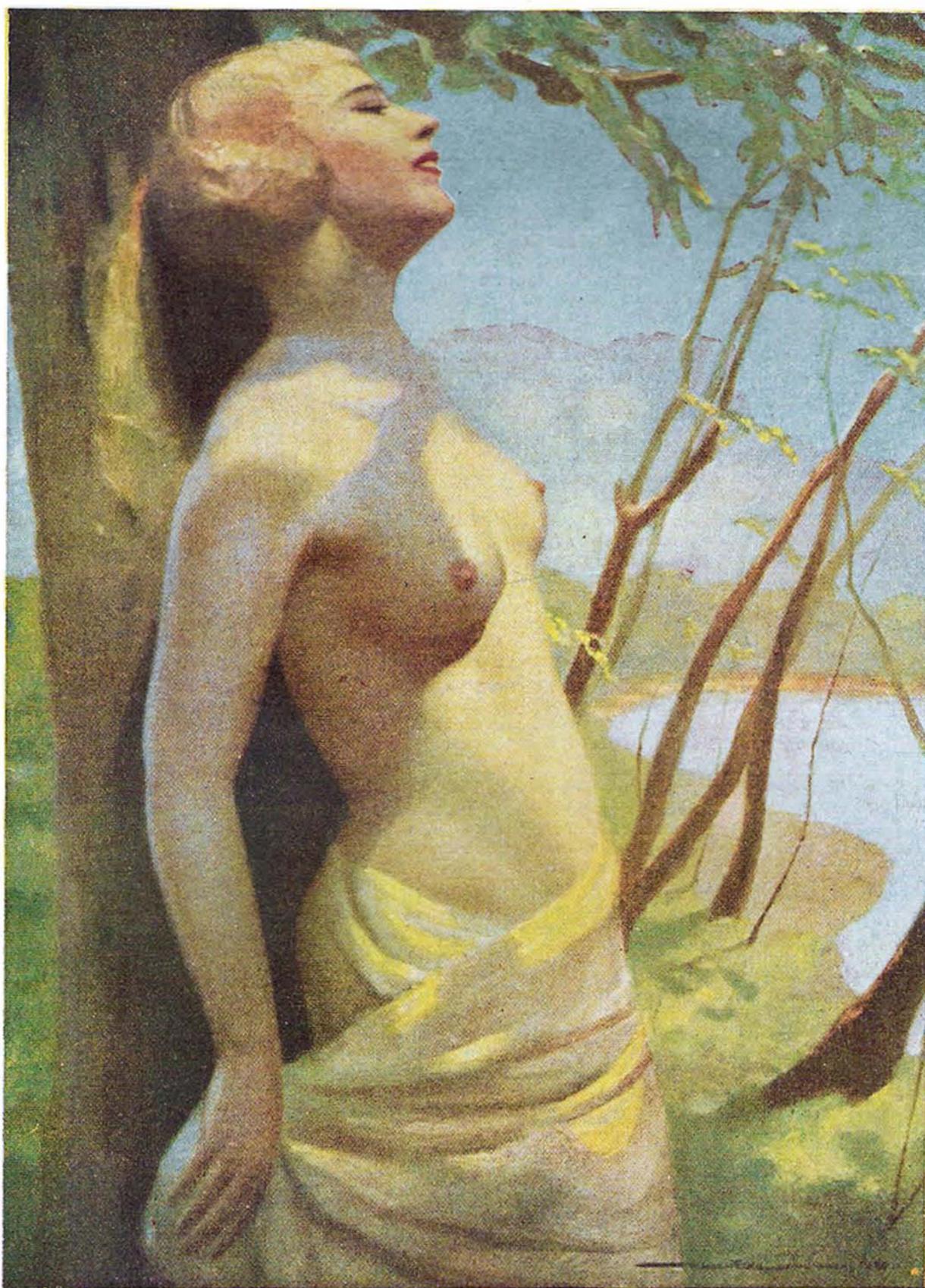


# ESTUDIOS



RAYOS DE SOL Y DE VIDA

OCTUBRE DE 1929

50 céntimos

# Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

## Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento



**Embriología**, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos deberían conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de *Shum* a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

**El veneno malito**, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.

**Libertad sexual de las mujeres**, por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica, que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Biasco Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)

**Los esclavos**, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

**La educación sexual y la diferenciación sexual**, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—(Agotado.)

**La filosofía de Ibsen**, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la transcendencia filosófica y social del mismo.—Precio, 0'25 ptas.

**La tragedia de la emancipación femenina**, por Emma Goldmann.—Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.

**Estudios sobre el amor**, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de Besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

**¿Maravilloso el instinto de los insectos?**—Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Loru-lot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.—Precio, 0'30 ptas.

**El A. B. C. de la Puericultura Moderna**, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

**Maternología y Puericultura**, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.

**Amor y matrimonio**, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que debieran leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.

**La Muñeca**, por F. Caro Crespo.—Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.

**La virginidad estancada**, por Hope Clare.—Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incompreensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra.—Precio, 0'25 ptas.



comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Biasco Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)



Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.



De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.



# ESTUDIOS

✻ AÑO VII ✻

OCTUBRE

1929

NÚMERO 74

REVISTA ECLÉCTICA

Redacción y Administración

PUBLICACIÓN MENSUAL

APARTADO 158. — VALENCIA

## EL TEMA DE LAS GUERRAS

Después de unos años de repugnancia para el recuerdo, se vuelve a revivir la Gran Masacre Europea. La alucinante hecatombe, cuyas consecuencias no se han apagado aún. Una frondosa literatura va surgiendo lentamente, haciendo volver la vista a la monstruosa locura que creíamos haber anulado en el olvido. El libro de Erich María Remarque, *Sin novedad en el frente*, el mejor libro antiguerrero, logra fácilmente vencer nuestras resistencias a la evocación.

La Guerra Europea merecía ser una lección de escarmiento para las generaciones venideras, una enseñanza para la estupidez humana, y un recogotamiento del salvaje espíritu de horda que todos llevamos escondido.

Antes de ella, existía ya una corriente pacifista. Libros que la combatían, idearios que la odiaban, asociaciones que la oponían su resistencia. Pero todo naufragó en la colectiva locura, y muy contados, desoladoramente escasos, fueron los hombres que le opusieron la resistencia de su convicción, negándose a participar en la matanza. La corriente pacifista ha aumentado. En ella han hecho profesión de fe muchos hombres. Einstein, el sabio de la teoría de la relatividad, es uno de los más destacados. En las organizaciones e idearios que antes claudicaron se ha reafirmado el odio contra la guerra. Pero, no obstante, se teme, y muy fundadamente, que nada de esto sería suficiente a conjurar el peligro de una nueva guerra.

Si hemos de juzgar por su conducta, el nombre hace muy poco honor a su dictado de racional. Carlos Richet ha acumulado bastantes datos en *El hombre estúpido*, para sostener la

tesis de nuestra estupidez. Lo que de racional nos viene un poco ancho, y sería más exacto decir que el hombre es un animal susceptible de razón, que en la generalidad de sus actos obra como si no lo fuera.

Nuestra razón rechaza las guerras. Porque no reparan nada: ni el honor nacional, ni los ataques al territorio, ni las ofensas de nación a nación. Al contrario, aumentan el malestar del pueblo, diezman la población, siembran miseria y dolor. Y además se prestan a que la avaricia y el interés capitalista hagan su agosto comerciando hasta con las vidas humanas. Despiertan los malos instintos del individuo, destruyendo de un golpe toda la lenta labor educativa de la Sociedad. Un torneo entre los gobernantes interesados sería más vistoso, más lógico y de finalidad más inmediata y menos adulterada. A él podrían acudir los pueblos respectivos como espectadores apasionados y divertidos.

La humanidad ha recibido lecciones bastantes para estar convencida de esto. Y además, de cómo se falsean los hechos, de cómo se hace literatura belicosa, de cómo se excita al pueblo para alistarse y al soldado para batallar. De la oscura muerte sin gloria, como si fuera una bestia, del soldado raso. De las farsas heroicas y de cientos de injusticias para con quien suministra el cuero, la sangre y paga los vidrios rotos. La humanidad va aprendiendo a ver en el extranjero las mismas virtudes y los mismos defectos, las mismas penalidades y los mismos ultrajes que en el suelo patrio. Va perdiendo el amor platónico hacia entidades abstractas... Y sin embargo, hay el temor, no desprovisto de fundamento, de que el pueblo vuelva a ir a una

nueva guerra con la misma mansedumbre, y hasta el mismo entusiasmo, que a las anteriores.

¿Para qué hacer llamamientos a la razón humana? Es tanto como hablar a un sordo. Al libro de Remarque, que ha despertado extraordinario interés en todo el mundo, y también gran número de críticas, se le ha puesto este reparo, que yo tengo por su mejor acierto: que no habla a la razón, sino al sentimiento. Al corto número de hombres susceptibles de obrar racionalmente, Remarque no hubiera aportado un argumento más para odiar las guerras. Para los demás, capaces de razonar, pero incapaces de racionalizar su conducta, todos los razonamientos sobran.

Entre los autores de las guerras hay que hacer por lo menos tres categorías: una con quienes la deciden; otra con quienes se aprovechan de ellas, y la última con los que dan su entusiasmo, su esfuerzo, su sangre y su vida, con total desinterés, por sentimiento patriótico, por idealidad, o por espíritu de horda. De las dos primeras categorías de autores no puede esperarse una rectificación de conducta. En cuanto los intereses que manejan se lo aconsejen, llevarán al pueblo a otra degollina. En sus altas especulaciones apenas tiene importancia la sangre que vierten y el dolor que derraman. La supresión de las guerras en el régimen capitalista reinante sólo puede venir por abandono del tercer grupo. O por capacitación racional, cosa muy lejana, o por repugnancia sentimental a las guerras, cosa más factible e inmediata. Es el sentimiento, la afectividad, lo que les arrastra a ellas. Como dice Remarque, era la coacción del ambiente, el temor de ser llamados cobardes lo que les hacía alistarse para una guerra hacia la que no sentían ningún entusiasmo. La objeción de conciencia, o el rehusarse a la guerra, exige una arraigada convicción, o un alto valor moral. Sólo cuatro idealistas la ejercitaron en Francia. En los otros puede más el espíritu gregario. La costumbre de someterse ha hecho arraigar la sumisión como un instinto.

Además de las causas directas, las guerras tienen también una causa indirecta, lejana y poderosa. Biológicamente, como insiste Devaldés, las guerras son consecuencia natural de la sobrepoblación, conforme a la ley de Malthus. Llenan una finalidad biológica: reducir la población excesiva a proporciones de acuerdo

con la cantidad de alimento. Y desde este punto de vista, las guerras podrían ser prevenidas con medidas políticas que pondrían tasa a la natalidad con criterio eugénico, y sobre todo, impidiendo la voluntaria limitación de la producción con que el capitalismo defiende la depreciación, y la racionalización del trabajo, con que aumenta su interés y la sobra de bocas. Hablar de interés humano, de lo precioso de las vidas, de lo agudo del dolor de la miseria, es tanto como hablar de la luna, a quienes el interés de su capital es lo más sagrado y respetable del mundo. Contra esto no cabe más que una acción organizada del eterno proveedor de cuero, del que salen todas las correas.

ISAAC PUENTE



## Tarjetas Postales de "Estudios"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un descubridor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—*Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.*

SERIE II.—*Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.*

SERIE III.—*Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lasalle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.*

SERIE IV.—*Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Gantivet y Clapérede.*

SERIE V.—*Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.*

SERIE VI.—*Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.*

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 ptas.

Pídanse a esta Administración, anticipando el importe por giro postal o en sellos.



## VIVIDORES



Con todo entusiasmo me he consagrado sin reservas a una tarea noble empapada de humanidad. En ella he adquirido nuevas relaciones, algunas suficientes a compensarme por sí solas del esfuerzo hecho. Sólo una de estas relaciones he tenido que deplorar. Ha sido una de mis decepciones más amargas. Saludé en el amigo a un compañero de inquietudes; me consideré hermanado con él por la común amistad hacia el hombre caído que tratábamos de levantar. Este amigo a quien abrí los brazos en la correspondencia asidua, ha resultado un pingajo humano, un ex hombre, por su ruindad y cinismo de vividor. No obstante, me doy por satisfecho. Las nuevas amistades nacidas bien valen el desgarrón de esa que he tenido que deplorar.

Por nuestra propensión a generalizar, y sobre todo, por las seducciones que a diario recibimos del egoísmo ladino y desconfiado, este hecho se presta a algunas consideraciones. Es un argumento para el pesimismo, un refuerzo para quienes postulan la maldad humana. Es posible que este ejemplo no sea único, que haya bastantes que al acercarse a los demás en cumplimiento de una acción noble, lo hacen solamente en atención a su personal provecho. Pero éstos no hacen legión, si se debe medir por ellos a la humanidad. Sería esto tan erróneo como lo opuesto. Creer que los verdaderos altruistas, sensibles a todo dolor, son los verdaderos representantes del tipo humano. Conven-gamos en que ambos son tipos opuestos y bastante raros, y que la generalidad se confunde por lo poco destacado de su nivel moral, buenos o malos por accidente, más perseverantes en el propósito de parecerlo que en el de serlo.

“¡Para que aprendas a no fiarte de cualquiera!”, me han dicho los que critican la propensión a confiar en todo recién llegado. El chasco es doloroso. No porque afianza la tesis de los de enfrente, ni porque debilita nuestra fe en lo humano, sino por lo que ahonda en nuestros sentimientos. Habíamos tendido los brazos

al que venía, y éste ha aprovechado el abrazo para tentarnos el bolsillo. Por lo demás, he sacado esta enseñanza provechosa: en la bondad humana creen dos clases de individuos: quienes la practican y quienes la explotan. Los demás tienen a la bondad por sinónimo de candidez.

Por los perjuicios que ha tenido para el hermano caído a quien quisimos levantar, la hazaña merecía la pena del escándalo. Ser sacada a la picota de la publicidad. Pero nos conformamos con aludirla. Digo la hazaña y no el nombre del aprendiz aventajado de truhán, porque admito la posibilidad de su enmienda. Aun es joven. Vive en una pugna aguda entre sus medios económicos y el afán desmedido y juvenil de disfrutar de la vida. Está aún bajo la acción del bebedizo del placer. Y esto sería bastante a disculparle, si no supiéramos de su propensión y habilidad para el embuste, de su disposición para adular y para simular convicciones. Tiene madera de embaucador. Es de los que creen en las ideas, es decir, en que puede vivirse a su costa. Omito su nombre para no estorbar su rehabilitación. ¡Quién sabe si la revolución se operará en su espíritu, y llegará a pensar que es hora de ajustar a unos dictados éticos la conducta!

### UN MÉDICO RURAL



## Higiene del Matrimonio

por el Dr. F. Montau

Obra magna y única en su género, de alta erudición y de prácticos consejos, que la hace insustituible en toda biblioteca y necesaria en todo hogar. En ella se compendian nociones útiles generalmente ignoradas, se dan preceptos importantísimos para la conservación de la salud y se dictan reglas provechosas para la felicidad doméstica, la crianza, educación e higiene de la familia. Última edición revisada y puesta en armonía con los recientes adelantos de la ciencia.—Ilustrada con numerosos grabados, y primorosamente encuadrada en tela. Precio, 7 pesetas.—Pedidos a esta Administración.



## Revisiones

# Una visión personal de la Ironía



### I

El lenguaje — que es el cuerpo del pensamiento — no anda desnudo por el mundo. Producto humano al fin, cubre sus desnudeces con ropaje más o menos propio, según el grado de mentalidad del individuo en quien encarna.

Y así como en la comunidad la indumentaria varía al infinito en forma, color, riqueza y decencia, así también hay lenguaje que va vestido de harapos y lenguaje pulquérrimo y elegantísimo, *lenguaje "bien"*, como diría un argentino. Todo depende, como queda dicho, de que el sujeto que lo emplee esté peor o mejor dotado mentalmente.

Hay un lenguaje plebeyo llamado *germanía* (jerga, argot, caló) o lenguaje del hampa, de la chusma o plebe; en general, lo usan los delincuentes de oficio y los vagabundos. Tiene marcado carácter "profesional", pero no constituye un lenguaje independiente, porque conserva sin alteración las leyes de la lengua común, y sólo cambia su léxico en una porción relativamente insignificante. Este lenguaje nombra por epítetos las cosas, y llama a la gorra *cubridor*; al farol, *incómodo*, y al abogado, *lavandero*. Abundan en él las voces onomatopéyicas; así, *tap* es la marcha; *tic*, el reloj; *fric-frac*, la prisión. También tiene abundancia de reduplicaciones; v. gr.: *toc-toc* significa tocado; *tx-tx*, tipografía; *coco* y *bebe*, amigo.

La nota característica del lenguaje plebeyo es el cinismo. No muestra los trazos de lo material y concreto, propios del lenguaje primitivo, sino que es *coprolálico*, esto es, soez, abyecto, embrutecedor. A la piel se la llama *cuero*; al brazo, *alón*; a la boca, *pico*; morir es *reventar*; un muerto es un *flambre*. Se muestra también siniestro y alegre, con ocurrencias asquerosas, metáforas sucias y retruécanos de vil ralea. Así, "tener un polichinela en el cajón" significa estar encinta. La supervivencia de este

tipo de lenguaje hay que buscarla en las leyes del atavismo y del mimetismo, fundamentalmente.

Concretándonos ahora al *lenguaje "bien"*, diremos que su indumentaria o vestuario recibe el nombre genérico de *formas literarias*, esto es, "toilette chíc" o hábito elegante de vestir y engalanar el habla humana. Y dentro de lo literario, lo pulcro constituye la *forma gramatical*, y lo lujoso, la *retórica*. Hoy, la economía lingüística, por ley de vida, va limitando cada vez más el campo de la retórica, para extender e intensificar el sector gramatical y la estilística.

\* \* \*

Pero la civilización ha ido complicando la vida enormemente, y el espíritu humano, que marcha a la par de la civilización, se ha vuelto muy complejo, algo abstruso, por lo que, forzosamente, al proyectarse al exterior, lo efectúa mediante un ingenioso movimiento giratorio multiforme y complicado.

Probablemente, en el hombre primitivo el movimiento giratorio del pensamiento, al voltear sobre el eje de sus adquisiciones burdas y elementales acerca del mundo, era relativamente lento y simple, y su proyección externa se verificaba en sentido rectilíneo con la mayor constancia. Pero esto no ocurre ya en la actualidad, en que el voltaje del pensamiento sobre el eje de los vastos conocimientos humanos adquiere a veces las velocidades de la fuerza-torbellino...

El pensamiento moderno, sutil, complejo, vario, multiforme y omnilateral, al proyectarse al exterior lo hace con variedad creciente de *giros*, ora pintorescos, ora lógicos, ya patéticos, ya oblicuos, según que el territorio mental de lanzamiento sea la imaginación, la razón, la afectividad (pasión, emoción), o que intervengan asociadas varias parcelas de los expresados espacios del dilatado espíritu humano.

Y a compás de este curioso fenómeno de *nootropismo* (giro de ideas), el lenguaje—materia expansiva del pensamiento—se incorpora, se contorsiona y retuerce, buscando, con suerte varia, la línea grácil, modernista o clásica, que informa el concepto que reverbera en la mente.

## II

Si logramos imaginarnos la mente humana viviendo *dos vidas* dentro de la unidad de nuestra existencia terrena, fácil nos será dar con el *quid* de la ironía. En efecto, la mente tiene una vida suya, exclusiva, peculiar, la *vida íntima*, y otra externa, objetiva, mundana, periférica, la *vida de relación*.

Y así, el sabio, el poeta o el místico, cuando elaboran el lenguaje que plasma las concepciones surgidas en los instantes felices de supremo y divino esfuerzo — inmaculada flor de la Vida—, lo hacen con *estilo propio*, pero vistiéndolo su lenguaje con el atavío literario más adecuado. Por ejemplo: el analista, el hombre de laboratorio, el pensador, utilizando las *formas lógicas* (sentencia, símil, paradoja...); el poeta, “el que viste la casulla de palabras” para despertar las dormidas emociones de las gentes, usa con más frecuencia las *formas pintorescas* (descripción, metáfora, amplificación...), y, finalmente, el místico, el asceta, el sentidor y enamorado de un ideal de infinitud, el justo y piadoso, en suma, emplean preferentemente las *formas patéticas* (apóstrofe, hipérbolo, reticencia...): he ahí el lenguaje impoluto y sincero de la *vida íntima* del alma humana.

En cambio, cuando el hombre vive la *vida de relación* y le vemos aparecer en medio de esa farsa que usualmente se llama “vida de sociedad” (a la que alguien dice que le cuadra mejor el nombre de “vida de suciedad”), tiene que alherrojar en el sótano de la conciencia las palpitations puras de ideal que laten con ímpetu en la interna dinámica del espíritu. En tal situación, insincera y farisaica, el pensamiento, por reacción defensiva, se enmascara y se proyecta al exterior por medio de un lenguaje funambulesco, equilibrista, acomodaticio: he aquí el porqué de las *formas oblicuas* (disfraz, disímulo), entre los que el eufemismo, la alusión y la ironía juegan un papel preponderante.

\* \* \*

Por otra parte, se observa que la ironía aparece en épocas de refinamiento y decadencia social. No corresponde a los albores, sino al ocaso de los pueblos. En la literatura primitiva de un pueblo se destacan la pureza y la horizontalidad como nota típica: es candorosa, o ingenua, o ruda, o vibrante; pero al llegar a sus postrimerías y notarse en ella los efectos de la descomposición y del desdoble, vemos a esa misma literatura tomar un aire de malicia y una trayectoria oblicua: tórñase entonces retorcida, alambicada, proterva...

Ya sabemos que ironía significa burla. Con la ironía se da a entender que se siente lo contrario de lo que se dice. No es esto patrimonio exclusivo de literatos y críticos: su más sólida vinculación está en el pueblo. Y ello se explica perfectamente porque el pueblo llena un máximo de vida de relación y su vida mental íntima es muy limitada.

La ironía tampoco se presenta con uniformidad geográfica: hay países grandemente ironistas, Francia entre ellos; otros, por ejemplo Alemania, la cultivan poco. Y dentro de un mismo territorio, comarcas hay que hacen de la ironía su sello distintivo entre los rasgos de espíritu. Compárese la psicología del pueblo en Asturias y en Castilla y se notará en seguida el contraste.

Ningún ejemplo más gráfico y definitivo de ironía que el que espontáneamente nos ofrece aquella mujer de pueblo, pescadora asturiana, que, después de haber soportado en silencio con la mayor flema del mundo un atroz chaparrón de soeces improprios que le estaba propinando una bravía compañera de oficio, se yergue tranquila, arqueando con aire sus brazos para colocar extendidas las manos delante del pecho, a modo de bandeja, a fin de ofrecer delicadamente a la importuna la flor de sus labios, y prorrumpe:

—“¿Acabaste? Pues ahora voy a llamarte yo a ti lo que en tu vida nadie te llamó: ¡Mujer honrada!”

Tableau.

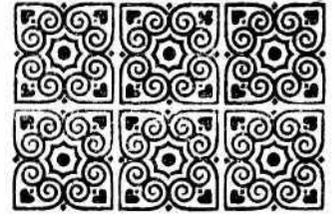
LUIS HUERTA



Este número ha sido revisado por la censura



# KRISHNAJI



Krishnaji o Krishnamurti ha dado un golpe fatal a la Teosofía. Sus declaraciones son bien terminantes: "Yo soy tan sólo un hombre como los demás hombres. Yo no soy un mesías. Yo no soy un dios. Si algo ha encarnado en mí es la verdad, por eso no puedo fundar ni dirigir una religión.

Al decir que es un hombre como los demás, se equivoca en mucho, vale un poco más que la multitud que había acudido al Congreso y que hubiera quedado mucho más satisfecha siguiendo adorándole como a dios que admirándole como hombre, que sinceramente les dice la verdad, esa verdad que las muchedumbres quieren todavía ver representada por un ser sobrenatural y de extraordinario mérito.

Krishnamurti ha descendido de un salto del pedestal en que lo había colocado su tutora, ha dejado de ser redentor y se ha redimido él mismo, ha hecho las paces con su conciencia a trueque de malquistarse con ese montón anónimo que hubiera preferido besar la orla de su vestido, adorándole como a un dios, en lugar de estrechar su mano como camarada fraternal.

Un hombre como los demás. ¡Ah! esto tiene muy poca importancia para las masas, que anhelan un fetiche a quien adorar y que se desilusionan cuando su ídolo es de carne y hueso como ellos, y si por añadidura es sencillo y amante del retraimiento y la naturalidad, termina por ser considerado como una cosa tan insignificante, que no se le presta más atención y se le olvida como cosa inservible.

Krishnaji ha defraudado a sus adeptos; con la misma decepción que Irina Kristin guardó la insignia de la orden, guardaron otras muchas el recuerdo de su desilusión al descender el dios con quien soñaban a la simple categoría de hombre; Cristo ungido por la Magdalena no tiene nada de común con el carpintero de Nazaret.

No se puede—dice Krishnamurti—organizar la verdad. No se puede hacer comercio con la verdad. No se puede arrastrar la cumbre por el llano. Y ¿quién está en posesión de ella?, podemos preguntar. No puede concebirse una

pedantería mayor que creerse dueño de una verdad que el tiempo se encargará de demostrar que es una equivocación, tan enorme como muchas de las que han costado la vida a los que la defendían y propagaban.

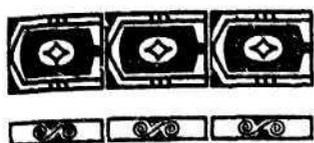
De error en error la humanidad recorre un laberinto cuya salida busca ansiosa, y la fe en la verdad, que es la suprema justicia, le guía por sendas y encrucijadas, y de cada tumbo en su marcha, de cada herida en las zarzas del camino, se levanta más potente y dispuesta a conseguir lo que tanto ansía, lo que tanto anhela: encontrar la solución de todo lo desconocido, llegar a poseer la verdad, que al fin mujer, coqueta y hace sufrir mil crueles apuros antes de entregarse a su conquistador.

El ansia de poseer la verdad ha engendrado el porqué de todas las cosas, y que no satisfacen soluciones hechas lo demuestra el hecho de no conformarnos con la solución de ultratumba; podrían las muchedumbres primitivas conformarse con una divinidad que vomitase sobre la tierra rayos y centellas, pero esto no podría satisfacer a quien quería una razón de más peso que una cólera celeste, como no satisfizo el horror al vacío al célebre matemático que con ello dejó conformes a sus consultantes.

Krishnamurti se ha adelantado a su época. Ningún hombre puede ser dios ni fundar una religión; ésta necesita misterio y él es un hombre joven que ve malograrse su vida ante el imperio de su vieja tutora y el fanatismo de sus adeptos, y al preferir vivir su vida de hombre, despojándose del manto de los dioses, ha demostrado un sentido práctico y una verdadera comprensión de la vida.

Todas las delicias de los dioses, absortos en contemplarse el ombligo por los siglos de los siglos, no valen el instante, más que divino, en que el ser humano se vence a sí mismo, sin ayuda de siempre despreciables tercerías, y el más delicioso nirvana se cambia con gusto por placeres y dolores que aquilaten nuestra personalidad en la lucha, que es vida, amor y transformación eterna.

ANTONIA MAYMÓN



Letras de América

## Proscripción voluntaria



### I

Presas de ese instinto nómada que como reminiscencia atávica despierta con frecuencia en la entraña de nuestro ser, ¡cuántas veces no me hubiera lanzado a la ventura por esos mundos desconocidos aunque no ignorados, si el dogal de los afectos no hubiera roto casi siempre mi voluntad!

El cariño de mi madre ha hecho zozobrar infinidad de veces mis más ardientes propósitos, mis más risueñas esperanzas.

Porque así es el verdadero amor: absorbente y despótico.

Pero es preciso comprender el poema de la maternidad para venerar a las madres y someterse incondicionalmente a todos sus deseos, enjugando hasta con el sacrificio sus lágrimas.

De la mía, grabada a fuego llevo en el alma su dulce efigie.

De tal modo éramos ser de un mismo ser, que cual si un cable misterioso uniera desde el fondo de la existencia nuestros corazones, una sola onda vibratoria hería nuestra sensibilidad, agitando al unísono nuestro espíritu.

Ella vivía de mi vida como yo de la suya. Ambos vivíamos de alma a alma y nos comunicábamos con la sugestiva elocuencia de la mirada.

Revive aún en mi mente como si fuera ayer la última escena nuestra.

La misma amargura vuelve a anudar mi garganta, y algo como el vacío o la asfixia se produce en mi corazón.

Allí mi pobre madre, pálida por la emoción secreta que la devora, arreglando con mortal silencio mi maleta de viaje.

¿Pero qué más elocuente que ese amargo mutismo?

Sorprendo claramente todos los gestos de su espíritu, la actitud heroica de su alma silen-

ciosa, llena de un profundo amor y de una tristeza imponderable.

Sus ojos llameantes como dos ascuas, humedecidos de cuando en cuando por una lágrima furtiva, de esas que estallan, rebeldes contra la voluntad de llorar...

Un drama emocional se desarrolla en nuestro interior; ambos somos actores, y sin embargo nuestros labios no se mueven: es un coloquio de almas que ensayan posturas estoicas y se entienden con heroico gesto.

¡Qué profunda melancolía parece envolver a todos los objetos que nos rodean; hasta los muebles respiran yo no sé qué indefinible tristeza!

Algunos ramos de flores que colocaron por la mañana mis hermanas, se inclinan sobre sus tallos desmayantes, agobiadas por la visible pesadumbre de no sé qué misterioso desvanecimiento.

En fin, todo me llenaba el alma de una aprensión angustiosa aquella tarde inolvidable.

¡Quién, si alguna vez emprendió un largo viaje, no ha experimentado el cruel vacío que producen en el corazón las tristes despedidas!

¡Aquella fué la última vez que abracé a mi madre!

\* \*

Hoy al reconstruir la escena no puedo menos que echarme a pensar en los amargos problemas de la vida, que nos plantea de improviso la esfinge de la fatalidad.

Me coloco fuera de mí mismo y pienso en esos dos seres que se aman: ella, tan amorosa y tan triste, y él, menos emocional, más duro, como que la vida petrifica más frecuentemente el corazón del hombre.

Y al contemplar a ese tan dulce, tan débil y tan heroico, que tan poco tiene y tanto arriesga, en cuyo corazón como en un arca maravillosa guarda la esencia divina del amor uní-

versal, en cuya alma arde un holocausto imperecedero, alimentado con el combustible de su propio ser, y cuyo nombre mismo de ¡madre! llega al oído como la más dulce caricia, pienso: ¿Hay algo sobre la tierra más venerable que la mujer?

Exijámosle, pues, un verdadero altar en nuestro corazón y no nos avergoncemos jamás de ser caballeros, cual en otras épocas de romántica consagración al Ideal; ella es la sonrisa de la vida, la flor de la tierra, la luz y el perfume del ensueño.

Glorifiquémosla, pues todos somos el fruto del milagro eterno que el amor realiza en su seno fecundo; y porque todos hemos mitigado alguna vez, como amantes, nuestras fiebres del instinto con la dulzura inefable de sus labios generosos; porque todos sabemos del delirio que desata en el alma la promesa equívoca de una mirada ardiente o de la embriaguez de las emociones cuando hemos convertido en realidad una esperanza; porque todos, en fin, llevamos alguna imagen de mujer impresa en el fondo de nuestro espíritu, ya se trate de una madre, una esposa, una novia o una hermana.

## II

Y bien, tengo ante mí la vida a la cual es preciso mirar cara a cara, no como un mendicante, sino como un conquistador.

Aparece el mundo ante mí, no ya como un enigma que es indispensable descifrar, sino como un bíblico Canaán de tierras prometidas, que es preciso descubrir. Es la tierra misteriosa, de la que debo tomar posesión en nombre del amor y de la juventud.

\*  
\*\*

Con el alma añorante del que deja muchas cosas amadas y va en busca de muchas otras desconocidas, experimento, entre los *categoricos imperativos* de los deseos, el de comunicarme con la majestad de la Naturaleza, bajo otros cielos y otros climas; con las ciudades y los filósofos, los poetas y las cosas de esas tierras lejanas, por las que ya nuestra imaginación ha viajado algunas veces y hacia la que nos empuja un vago instinto de exploración aventurera, una flotante esperanza que es como el *leit-motive* de mi vida.

JULIO R. BARCOS.



## Sueños de ilusión



Cuando la conocí era una muchacha alegre y feliz; con su trabajo cotidiano ayudaba al sostén de su humilde familia.

Su doble atractivo de mujer joven y hermosa hizo soñar una ilusión.

En el sueño vislumbró su fortuna; su cuerpo voluptuoso brindábale un porvenir pletórico de riquezas. Ya no sería la vulgar trabajadora que marchitara su belleza en el ambiente de un taller: ansiaba ser libre.

Su carne sería el poderoso imán de atracción que dejaría el mundo de los hombres bajo el influjo de sus caricias.

La juventud, belleza y amor —preciados tesoros— serían sus armas, y en la lucha de la vida vencería con todo su esplendor.

\*  
\*\*

Despertó; el sueño dorado de sus ilusiones se desvaneció en el límpido crepúsculo de una mañana otoñal; ¡qué triste despertar!; sus ojos,

semiabiertos y contraídos por el dolor, vieron la terrible desgracia que sobre ella se cernía.

Como débil mariposa que deshace sus alas el atrevido roce de una mano insolente, fué su cuerpo.

En un hospital encontró refugio, y tras larga lucha entre la vida y la muerte dió el fruto de sus horas de placer.

Ahora que ve la fatal realidad llora la pérdida de la felicidad de antaño, llora al recordar aquellos días de sol, alegres y bellos como ella, y que a su paso por las calles dejaba la aureola admirativa de la mujer virgen.

En un momento de intimidad, con lágrimas en los ojos y voz entrecortada por la emoción, me ha dicho:

—¡Tengo la sangre corrompida por el morboso veneno de la lujuria! ¡Mi dicha sería volver a ser la chica honrada y trabajadora de antes!

ADOLFO GARCÍA



# GACETILLA



Cuando veo que los propagandistas de cualquier régimen de libertad, con el propósito de adelantar los resultados de su propaganda, halagan a los hombres a quienes se dirigen, me invade un malestar extraño, no físico, sino moral, con raíz en la conciencia.

Me parece esa una táctica, además de equivocada y perjudicial, indigna. El halago, aun cuando sea merecido, es mezquino. Cuando aquel a quien se destina no lo merece, la bajeza del halago no puede ser calculada.

En la propaganda de la libertad no se ha de hacer nunca uso del halago, por ejemplo, dirigido a los trabajadores, con el fin de que se hagan partidarios de los que se esfuerzan por implantarla. Se ha dicho demasiadas veces, con hipérbole, que los hombres que trabajan son los mejores, los más buenos, los más honrados, los más justos. Todo esto, de tan repetido, suena ya a vaciedad.

Y, en último análisis, no se adelantan de este modo, como se cree, los resultados de la propaganda. Más bien se retrasan. Puesto que toda propaganda basada en fundamentos tan inconsistentes, por fuerza adolece de superficialidad.

Sabido es que, lo más terrible para una causa cualquiera, radica en que sean superficiales sus bases.

Esta del halago, aparte de mezquina, cuando sea merecido, y de baja, cuando no lo sea, es también, de manera señalada, extraordinariamente superficial.

Aun cuando los hombres a quienes se trate de convencer de un propósito cualquiera sean los mejores, los más buenos, honrados y justos, con repetirlos una y otra vez no se hace ninguna tarea significativa. Se cae, por el contrario, en una monotonía ridícula, antipática y repelente.

Todos conocemos a hombres buenos con los que sería imposible la convivencia. E igualmente conocemos a otros que son honrados

hasta el extremo y hasta el extremo justos, con los cuales tampoco podríamos convivir mucho tiempo.

Echar mano, siempre y a toda hora, de tal cantinela, es poco convincente. Además de ser, como ya he dicho, monótono, estúpido y ridículo, aparte de, en muchos casos, mezquino, y bajo en otros.

No es lo más malo, sin embargo, que se practique el halago. Lo peor es cuando el halagado se cree que le tratan con justicia. Entonces comienza lo trágico de esa táctica. El hombre que llega a convencerse de que posee muchas virtudes, es un hombre perdido para toda obra de valía. Se le aquietan las dudas que pudiera abrigar respecto a sí mismo.

La táctica del verdadero propagandista está muy lejos de parecerse a nada de eso. Precisamente su misión es sembrar dudas y vacilaciones, para obligar al hombre que ha de estar mañana a su lado a que se estudie, a que se llene de dudas íntimas, a que vacile siempre en sus juicios, lo cual le llevará a buscar, de continuo y sin cansancio, mayores certidumbres.

La duda íntima es una fuente inagotable de conocimiento. Sólo conoce la verdad de hoy el que no estuvo seguro de la verdad de ayer. Supuestas verdades, de todas maneras, la de ayer y la de hoy, que pueden y deben ser rectificadas y ampliadas por la de mañana.

No es, pues, el halago, sino la inquietadora interrogación, lo que propaga mejor un propósito cualquiera.

No decir nunca a un hombre que es bueno, aunque lo sea, es trabajar por que este hombre cultive más su bondad y le encuentre, con cada sol, un nuevo matiz.

Asegurarle que posee la máxima virtud es como una invitación a la pereza, al aquietamiento. ¿Para qué había de trabajar más sobre sí mismo, si ya su perfección es cabal?

Por otra parte, ocultarlo sería deshonesto; no siempre los hombres a quienes se halaga

merecen los adjetivos que se les prodigan. Aquí planta sus tiendas la bajeza de la propaganda fundamentada en el halago. No solamente la bajeza, sino también la mendacidad, de la que se origina. Y mentir no es tarea apropiada de ningún hombre que de verdad lo sea.

La mayor parte de los halagos no son nada más que eso: solemnes mentiras. ¡Bonitos resultados los que de semejante propaganda se obtengan!

Si imperdonable es que cualquier propagandista de la libertad halague y mienta, más lo es aún si éste se llama libertario.

Un ideal tan amplio, tan vital, tan henchido de significaciones de toda clase y naturaleza como el libertario, no necesita de una táctica tan mezquina para prevalecer y para seguir representando la contribución más seria y ponderada a los valores de la vida entera y verdadera. Como asimismo la más alta esperanza para la libertad. Y también la posibilidad de una convivencia social superior a cuantas se han imaginado.

Valerse, para la propaganda de unas teorías tan ricas en matices de toda índole, de una táctica pequeña, ayuna de significaciones honradas, empequeñece lo que se trata de propagar.

El libertario que para ganar adeptos halaga a un hombre o a una muchedumbre, es sencillamente despreciable.

Como el libertarismo propaga un ideal de justicia, la máxima posible, y los trabajadores son los más necesitados del triunfo de esta justicia, se les habla de ello, no teniendo en cuenta la causa de la justicia en sí, sino diciéndoles que son los mejores y toda aquella retahíla de palabras de elogio.

Aunque así fuese, no es de esto de lo que se trata. Nada importa cómo sea el hombre a quien se dirige la propaganda, pues que ella se refiere a un propósito que aquel hombre, naturalmente, aún no conoce. No se trata de decirle a él que es bueno y honrado y cabal, sino de demostrarle las ventajas materiales e ideales de aquello de que se le habla.

El halago es como la limosna. El que lo da no es persona grata.

La táctica del halago deshonra al libertarismo. Una propaganda sería, que sepa el valor y la importancia, no anecdótica, sino permanente,

de los objetivos que persigue, debe estar por encima de toda superficialidad.

\*  
\* \*

Recientemente, en un taller en el que trabajaba un amigo mío, ocurrió un suceso sobremanera pintoresco.

El patrón es uno de esos tipos que, con sólo verlos, ya se sabe que no tienen vergüenza. Bien. Fué a buscarle un individuo que tenía pendientes con él ciertos asuntos. Empezaron a conversar ambos en la puerta del taller; poco después disputaban acalorados; luego, comenzaron a oírse gritos insultantes; de pronto, resonó una tremenda bofetada. La había recibido el dueño del taller. Con el rostro aún rojo, dijo en voz más alta que hasta entonces, para que le oyeran bien todos los trabajadores:

—Y si no se va usted pronto, le abofeteo de nuevo.

Esto recuerda un cuentecillo popular. Un hombre, agraviado por otro, encontró a éste en la calle, el cual era un sinvergüenza. El agraviado le cogió por la solapa de la americana, y se desahogó diciéndole todo lo que le parecía que era. Los adjetivos granuja y cínico fueron los más suaves. Mientras se desarrolla la película callejera, el público, atraído por el espectáculo, rodeó a los dos protagonistas. El insultado, sin inmutarse, aprovechando una pausa de su enemigo, dijo:

—Y él, cuando tú le dijiste todo eso, ¿qué te contestó?

Todos los sinvergüenzas reaccionan de manera parecida al de ese cuento y ese suceso: tratando de desviar, ante los demás, hacia su adversario o hacia un tercero, la humillación, el deshonor o el fango que cae sobre ellos.

JULIO BARCO

---

LECTOR AMIGO: Si crees digna y eficaz la labor educativa de ESTUDIOS, ayúdanos, comprándonos un libro, a matar el déficit que la amenaza. Esta Revista no obedece a ningún interés particular, sino a un elevado y noble propósito cultural. Se sostiene de la venta de sus libros. ¡Ayúdanos con un pequeño esfuerzo para sacarla de la angustiosa situación en que se halla!

## Para una antología de temas pedagógicos

# La educación

Goethe, en *Werther*, demuestra, con gran intuición, la necesidad de educar a los niños siguiendo una dirección psicológica individual. Asegura que la aparente obstinación infantil es indicio de una firme voluntad, y que todo defecto oculta el germen invisible de una virtud. Y prosigue diciendo: "No me canso de repetir las áureas palabras del Maestro de los hombres: "Debéis llegar a ser como uno de estos niños..." Y a éstos, que valen tanto como nosotros y más que nosotros, y de quienes deberíamos tomar ejemplo, les tratamos como a criaturas inferiores. ¡No deben tener voluntad! —¿No la tenemos nosotros? ¿Por qué este privilegio? —¡Somos más viejos y más sabios! —¡Santo Dios! Niños jóvenes y niños viejos: esta es la única diferencia; y tu mismo hijo te ha enseñado de sobra quiénes son los mejores. No vemos, no escuchamos ni creemos; es la historia de siempre, y de este modo seguimos andando con los antiguos métodos." Lo mismo se puede decir de los actuales educadores que siempre están hablando de la evolución, disposiciones naturales y tendencias individuales, y en la práctica no aplican las leyes que proclaman. Educan como si aun creyesen en la perversidad innata del hombre, en el pecado original, que puede ser dominado, pero no vencido; cuando el nuevo evangelio, conforme en todo con la idea de Goethe, cree que los defectos son a menudo la dura corteza del germen de una virtud. Los hombres modernos practican en educación el antiguo precepto médico de curar el mal con el mal, en vez de emplear el nuevo método que ha sustituido, con la higiene, gran número de medicinas.

Educación significa permitir que la Naturaleza trabaje de un modo lento y tranquilo por cuenta propia, impidiendo las circunstancias que podían contrariarla. Ni los padres más bondadosos ni los más severos saben cuánta verdad encierra la frase de Carlyle: que los sentimientos profundos y vehementes, rígidamente go-

bernados, son la señal verdadera de un alma nobilísima. Enseñad a los niños a guiar, a contener sus pasiones, pero no tratéis de sofocarlas.

El estudio continuado de oprimir la naturaleza propia del niño para sustituirla por otra, es un gran crimen pedagógico que cometen hasta los que se apellidan entusiastas partidarios de una educación individual.

Aun no tenemos el íntimo convencimiento de que el egoísmo infantil es justificado y a menudo necesario, ni de que sea posible transformar el mal en bien.

La educación llegará a ser ciencia y arte al propio tiempo, sólo cuando esté basada en la convicción de que por una parte no pueden ser eliminadas las consecuencias de nuestros errores, y que, por lo tanto, siempre debemos sufrirlas, y que, por otra parte, la evolución y una adaptación lenta pueden transformar los defectos en cualidades. Ya nadie creerá en los milagros que pueden obrar los castigos y las impresiones violentas. Se aplicará a la psicología el principio de indestructibilidad de la materia, y se sabrá que una disposición general no puede ser arrancada, sino solamente corregida, transformada, ennoblecida...

. \* \*

Mme. Staël ha dicho perfectamente que para instruir a los niños es preciso, ante todo, saberlos entretener; para educarles, lo primero es acercarse a ellos todo lo posible. Lo cual no quiere decir que tengamos que imitar sus juegos y su charla infantil, pues los niños fácilmente descubren y desprecian el artificio. Significa dejarse absorber por ellos con la sencillez profunda con que la vida les absorbe, y tratarlos con la discreción, delicadeza y confianza que creemos un deber demostrar a los adultos. No quiere decir que tengamos que guiarles obligándoles a ser como quisiéramos que fuesen, sino que debemos hacerles imitar nuestro ejemplo sin que se den cuenta de ello. No quiere

decir que les tratemos con violencia o con astucia, sino con su misma seriedad y honradez.

Dice Rousseau: "La educación no puede dar buenos frutos porque la Naturaleza no hizo los padres para que educasen, ni los hijos para ser educados." ¿Por qué no seguir este precepto de la Naturaleza que nos enseña que el mejor secreto educativo consiste... en no educar?

El error más grande de la educación es el de ocuparse demasiado de los niños. El ideal de la educación futura será crearles un ambiente bello, en el sentido más extenso y elevado de la palabra, en donde podrán crecer y moverse libremente, teniendo por única limitación los derechos intangibles de los demás. Sólo entonces conseguirán penetrar los adultos en el reino, actualmente casi desconocido, del alma infantil.

Un verdadero instinto de conservación impide que el niño abra su alma al maestro, quien no cesa de hacerle preguntas inútiles o indiscretas, como la eterna interrogación: "¿En qué piensas?", a la cual generalmente no se contesta, o se contesta con una mentira grande o pequeña; al maestro que investiga y reprende toda acción, todo intento; que hace públicos y se burla sin consideración de los más delicados sentimientos; que aplaude o censura delante de gente extraña, y a veces en un momento de enfado abusa, dándoles el giro que le conviene, de confidencias recibidas en un momento de sincero abandono.

El axioma de que dos seres humanos nunca podrán comprenderse, y en el caso más favorable apenas podrán tolerarse, se aplica sobre todo a las relaciones entre hijos y padres, a las cuales falta, en general, la característica más profunda y necesaria del afecto: la íntima inteligencia recíproca.

Para citar un solo caso: los padres no comprenden que la infancia tiene necesidad de una grandísima tranquilidad: tranquilidad interna, profunda, a pesar de su aparente movilidad continua. El niño tiene un mundo nuevo e infinito que estudiar, explorar y conquistar, y sólo encuentra obstáculos, avisos y prohibiciones inoportunos. Debe siempre hacer, dejar de hacer, buscar o querer algo que no es aquello que haría, buscaría o querría espontáneamente; y es impulsado sin descanso en el sentido opuesto a

sus tendencias. Todo, naturalmente, por amor, por cariño, por deseo mal entendido de ayudar, aconsejar y dirigir, y también por la ambición de moldear con aquella blanda arcilla humana un ejemplar perfecto de la especie de niños modelo.

ELLEN KEY



## EN EL MUSEO DEL PRADO

### Alberto Durero (*Autorretrato*)

Como un nuevo Rabí de áurea melena,  
ojos azules y mirar sombrío,  
muestra el artista su actitud serena,  
bajo la cual el corazón bravío  
las emociones íntimas reírena,  
y el alma, silenciosa como un río,  
pone un leve temblor en cada vena  
y a flor de labios una expresión de hastío...

Caballero teutón de alto decoro,  
arroja el oro de las viejas arcas  
y el Sol usurpa los pinceles de oro.

¡Y ostenta así, como imperial corona,  
sobre el fulgor de sus pupilas zarcas,  
la gran melena que su sien blasona!

### El Greco

Artista del dolor hecho heroísmo,  
para que espante y a la vez deslumbre,  
lleva un antro de sombras en sí mismo,  
todas amor y todas podredumbre.

Tienen como un aciago simbolismo  
sus lienzos, oros y ceniza y lumbre,  
una inmortal serenidad de cumbre.

Toledo, la imperial madre bizarra,  
para cubrir su majestad vencida,  
sus vestiduras con amor desgarras.

¡Y aun hoy, perdido de la trompa el eco,  
bajo el dosel de la Ciudad Dormida,  
vela la sombra fantasmal de El Greco!

ALFONSO CAMÍN



## Vulgarizaciones

# Errores de la Ciencia



Me disponía a pergeñar un escrito estudiando el trabajo del hombre en las veinticuatro horas de cada día en sus aspectos de calórico, mecánico y químico; pero hete aquí que comienzo a barajar las cifras y de sus equivalencias resultan tales errores que me fuerzan a detenerme en mi resolución.

¿Qué hacer en este caso? ¿Renunciar a mi propósito? Eso, no; pues si bien es verdad que por la causa apuntada no puedo escribir el trabajo que me proponía, no es inenoncierto que, como lo que me importa es divulgar unos datos científicos que pudieran interesar a los lectores de ESTUDIOS que no los conozcan, puedo darme esta satisfacción persiguiendo como objetivo la demostración de los errores aludidos, los cuales resultan de la ligazón que entre sí tienen los aspectos del problema.

Veamos las razones en que me fundo. La grande caloría es la cantidad de calor necesaria para elevar un grado la temperatura de un litro de agua. Esta caloría está representada en el calórico producido por la caída de un cuerpo que pese 425 kilogramos, desde un metro de altura, en un segundo de tiempo, o el producido por la parada instantánea de un cuerpo que pese 8.338 kilogramos y que marche a la velocidad de un metro por segundo, siendo por tanto su equivalencia mecánica la de 425 kilográmetros.

Tomando como base no las 2.500 calorías que consume el individuo en un vivir sedentario, sino las 2.800 que representa el trabajo diario del hombre, y multiplicándolas por los 425 kilográmetros que supone la caloría, resulta la enorme cifra, imposible, de 1.190.000 kilográmetros, siendo así que el máximo que le es posible desarrollar al sujeto en el trabajo de cada día no excede de 280.000.

El caballo mecánico está supuesto en la fuerza necesaria para levantar del suelo un peso de 75 kilogramos a la altura de un metro

en un segundo de tiempo, o en la invertida para elevar un kilogramo de peso 75 veces, en otros tantos segundos, a la altura de un metro, o también en la precisa para alzar del suelo un kilogramo a la altura de 75 metros en un segundo.

Dividiendo el 1.190.000 kilográmetros que resultan de la operación anterior, para hallar su equivalencia en caballos mecánicos, por los 75 kilográmetros que supone cada caballo, se obtiene como producto el disparatado número de 15.866, error que se evidencia al comprobar que son 3.734 caballos los que produce la división de los 280.000 kilográmetros que supone el trabajo diario del hombre.

Multiplicados los 15.866 caballos que resultan de esta división por los cuatro caballos de sangre que supone cada uno mecánico, y éstos, a su vez, por los 7 y  $\frac{1}{2}$  hombres, cuya fuerza representa cada caballo animal, dan las cantidades absurdas de 63.464 de éstos y la de 475.980 hombres. Y como dato que corrobora el tremendo error de todo esto, tenemos los 100 kilográmetros por caloría que se obtienen de la división de las 280.000 calorías que para su realización consume el individuo.

Lo exagerado de todas estas cantidades me hizo pensar en si sería la base de esta cuestión la pequeña caloría; pero tampoco está en esto la solución, pues el absurdo no es menor, dado que las cantidades que se consignan en su equivalencia de fuerza mecánica, animal y humana, y en kilográmetros de trabajo, por su pequeñez, no son menos imposibles que las resultantes de la grande caloría. Demostraré esto exponiendo las cifras a que se llega en estas operaciones.

La pequeña caloría está comprendida en la cantidad de calor necesario para elevar un grado la temperatura de un centímetro de agua, representada en el calórico que se produce a la caída de un cuerpo que pese 0'425 kilogra-

mos—que también es su equivalente mecánico— desde la altura de un metro en un segundo de tiempo. Entiéndase que en uno y otro caso el grado de temperatura se toma a partir del cero grados en la del agua del litro y del centímetro.

Multiplicando los 0'425 kilográmetros se supone la pequeña caloría por las 2.800 que consume el hombre para la verificación del trabajo de cada veinticuatro horas, tenemos 1.190 kilográmetros, que divididos por los 75 que supone el caballo mecánico dan 16 escasos de éstos. Multiplicando estos caballos por los 4 de sangre que representan cada uno, dan como producto 63, un poco largos, de éstos últimos los que a su vez multiplicados por los 7 y  $\frac{1}{2}$  hombres que comprende cada caballo de sangre, arrojan la cantidad de 4.725 hombres. Estas cifras son no menos imposibles que las anteriores, por lo que queda demostrado el error que informa esta cuestión.

Veamos ahora el aspecto químico que nos ofrece el asunto.

Las 2.800 calorías que consume el hombre en las veinticuatro horas de su trabajo por todos los conceptos, son el producto de la combustión por el organismo de los principales elementos químicos, constituidos por sustancias albuminóideas, grasas, azucaradas y por sales que contienen carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, azufre y fósforo, principios fundamentales a la vida de la criatura.

Para reintegrar al organismo estos principios se establece entre otras diferentes en detalle la fórmula alimenticia siguiente: 750 gramos de pan, 300 gramos de carne, 25 gramos de azúcar, 17 gramos de café, 120 de legumbres, 21 de grasas, 22 de sal y un poco de vino; o sea aproximadamente 408 gramos de hidratos de carbono, que multiplicados por 4'22 calorías que produce el gramo dan 1.721; 155 de sustancias albuminóideas, multiplicadas por 4'8 etc., resultan 744 calorías; 40 gramos de grasa, que a su vez se multiplican por 8'8 calorías, dando 352, que en junto suman, aproximadamente, las 2.800 necesarias para el trabajo.

Ahora bien: haremos abstracción de la equivocación que supone la fijación del número de calorías y de fórmulas alimenticias, puesto que las unas y las otras sufren radicales alteraciones según sean las condiciones de temperatura y meteorológicas de los países que habite el

hombre, dado que es sabido que en las regiones de temperatura elevada, ejerciendo ésta sobre el organismo una acción calorificante, hace sea menor el número de calorías que consume el hombre para el trabajo diario y, por tanto, menor el que precisa reintegrar al organismo, permitiendo, como ocurre, sea más puramente vegetal la alimentación, en oposición a lo que sucede en las regiones frías, en las que por esto la combustión calórica del trabajo de todos los órdenes en las veinticuatro horas alcanza el máximo, exigiendo haya de ser la alimentación todo lo más a base de carnes y grasas que aportan al organismo un mayor número de calorías, en volumen y peso menores, aunque, desde luego, sea más nociva para la salud. Dejando aparte todo esto, y ateniéndonos a las cantidades que resultan de la traducción en calorías de las sustancias que constituyen la fórmula alimenticia expuesta y que suman las 2.800 establecidas como necesarias, como no son ni pequeñas ni grandes calorías, puesto que no responden a la definición equivalente mecánica a que tienen que ajustarse imprescindiblemente, acusan por lo menos un enigma inexplicable que, unido a los errores demostrados anteriormente, da justificación al tema que me propuse desarrollar y completa cumplidamente mi trabajo.

DAVID DÍAZ

## ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION

PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año  
(12 números) ..... 6'50

Para los demás países: Un año (12 números) 8'00

*Incluido el número Almanaque de 1.º de año.  
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.*

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.

Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., dirijanse al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158. — VALENCIA (España).

## Investigaciones

## Por qué escribió Víctor Hugo "Los Miserables"

Entre las revistas viejas de las bibliotecas desconocidas de muchos investigadores hallamos ciertos documentos que nos llaman poderosamente la atención, y nos tienta el copiarlos para que sean conocidos del lector curioso.

La historia del por qué Víctor Hugo escribiera la célebre novela *Los Miserables* mostrará la curiosidad de muchos admiradores del genial poeta francés, a la par que se deleitará con el pensamiento expuesto sobre la trascendencia de esa famosa obra, conocida de toda la generación presente, como lo será de las venideras.

La siguiente carta que copiamos de Víctor Hugo es reproducción de la dirigida por el gran poeta al conde Víctor A. Pepe, de Italia, en contestación a la que éste le dirigiera preguntándole cuáles fueron sus propósitos al escribir *Los Miserables*. La carta está escrita en italiano, probablemente traducida a este idioma por el secretario de Víctor Hugo, y ha sido facilitada a la revista americana *The Century* por la condesa Rozwadowska, hija del destinatario.

"Hauteville, 13 octubre 1862.

Tiene usted razón al decir que *Los Miserables* se ha escrito para todos los pueblos. No sé si todos querrán leer mi novela; pero yo la he escrito para todos. Lo mismo alude a Inglaterra que a España, a Italia que a Francia y a Alemania, a las repúblicas con esclavos que a los imperios con siervos. Los problemas sociales traspasan las fronteras; los dolores de la raza humana—vastos dolores que cubren el globo—no se someten a las líneas divisorias de los mapas geográficos. Dondequiera que el hombre es ignorante, y sufre y se desespera; dondequiera que la mujer se vende para no morir de hambre; dondequiera que a un niño faltan libros que le instruyan y un corazón que le endulce la vida, llegará *Los Miserables* y exclamará: "Abre. Vengo en tu ayuda."

En la escena—aun tan oscura—de la civilización, el miserable se llama Hombre. El Hombre sufre en todos los climas y expresa su dolor en todas las lenguas.

Su Italia, señor, no sufre menos de este mal que nuestra Francia; su maravillosa Italia soporta en su propio suelo toda clase de miserias. ¿Acaso el bandolerismo, que no es otra cosa que el pauperismo exaltado, no se desarrolla en sus montañas?

Aunque poseéis Roma, Milán, Palermo, Turín, Siena, Pisa, Mantua, Bolonia, Ferrero, Génova, Venecia, una historia heroica, sublimes ruinas, magníficos monumentos, soberbias ciudades, sois tan pobres como nosotros. No os faltan ni maravillas ni podredumbres. El sol de Italia es espléndido, indudablemente, pero, ¡ay! el azul del cielo no acaba con las miserias de los hombres.

Como nosotros, tenéis prejuicios, supersticiones, tiranías, fanatismos y leyes ciegas que fomentan la ignorancia del pueblo. Tan desconsolador es para nosotros el problema social como lo es para vosotros. Vuestro pueblo muere un poco menos de hambre y un poco más de fiebre; vuestra higiene no es superior a la nuestra. Las nubes del oscurantismo, protestantes en Inglaterra, son católicas en Italia. La arbitraria interpretación de la Biblia es tan grande como la desviación del espíritu de los Evangelios.

¿Debo seguir? ¿Debo demostrar más palpablemente este tenebroso paralelismo? ¿Acaso ante vuestros ojos, como ante los nuestros, no oscila la repugnante balanza con sus dos platillos colmados de pauperismo y parasitismo?

¿Dónde está vuestro ejército de maestros de escuela, el único ejército que reconoce la civilización? ¿Dónde están vuestras escuelas libres y obligatorias? ¿Saben leer todos en la patria del Dante y Miguel Angel?

Examinemos vuestra organización social; tomémosla tal como es y revelemos su iniquidad flagrante; mostradme vuestras mujeres y vuestros niños. Medimos el grado de civilización por la suma de protección que dispensamos a esas débiles criaturas. ¿No es tan deplorable la prostitución en Nápoles como en París? ¿Qué patrimonio de verdad está contenido en vuestras leyes, qué suma de justicia emana de vuestros tribunales? ¿No os horrorizan como a nosotros estas terribles palabras: Venganza pública, infamia legal, presidios, patíbulos?

¡Italianos! ¡Murió Beccaria, y Farinaccio vive entre vosotros como entre nosotros! ¿Tenéis un gobierno que asuma la identidad entre lo moral y lo político? ¡Oh, grande pueblo de Italia, cómo te pareces al grande pueblo de Francia! ¡Ay, hermanos, como nosotros, sois también miserables!

Desde las profundas tinieblas en que nos hallamos todos sumergidos no vemos la claridad del espléndido y remoto Edén.

Resumiendo lo que he dicho: este libro de *Los Miserables* es un espejo de nuestra triste condición, igual a la vuestra. Hay hombres y castas que se rebelan contra él, y yo sé la razón: los espejos nos dicen la verdad y por eso dejan de ser útiles.

En cuanto a mí, yo escribí el libro para todos; con un profundo amor por mi país, pero sin preocuparme más por Francia que por cualquier otro pueblo. Poco a poco, a medida que avanzo en edad me voy sintiendo más simple y más patriota de la Humanidad.

Además, esta es la tendencia de nuestra época, la ley del desarrollo de la Revolución Francesa; y a fin de corresponder a la propagación perpetua de la civilización, los libros deben dejar de ser exclusivamente franceses, italianos, o alemanes, españoles, ingleses, para convertirse en europeos, y, aun más, en humanos.

De aquí una nueva lógica artística y ciertas necesidades de composición que todo lo modifican, hasta las condiciones—tan estrechas en otro tiempo—de gusto y lenguaje; que deben ser ahora ensanchadas, como todo lo demás.

Algunos críticos franceses dicen de mí—de lo que yo me alegro mucho—que me hallo al margen de lo que ellos llaman *el gusto francés*. Sólo quisiera que el *elogio* fuese merecido.

No hago más que lo que puedo; sufro ante el dolor universal y trato de hallar para él un remedio. Y como sólo cuento con el mínimo esfuerzo de un hombre, ruego a todos: *¡Ayúdame!*

He ahí lo que su carta, señor, me ha impulsado a decir. Si he escrito esta carta en un tono un poco enfático, es debido a una frase de la suya, que dice: "Algunos italianos piensan que *Los Miserables* es un libro francés y que, por tanto, nada de él les atañe. Los franceses, bien, que lo lean como una historia, pero nosotros leámosle como una novela."

¡Ay! Lo repito: seamos franceses o italianos, la miseria nos atañe a todos. Desde los primeros tiempos de la Historia, la miseria es el adorno del mundo. ¡Ojalá llegue pronto el momento de desprenderse de esos harapos!...

Si usted cree que esta carta puede disipar algunos prejuicios, publíquela en buena hora.

Reciba el testimonio de mí más distinguida consideración."

¿Comentarios? El lector puede hacerlos y sabrosos; Víctor Hugo se presenta en esta carta como el hombre más grande de la Historia, el internacionalista convencido, el hombre bueno que no reconoce más valor a los pueblos que el valor del hombre, buscando la igualdad económica por encima de todas las bellezas de la sociedad.

Esta carta es, puede decirse así, como el testamento de sus doctrinas; por eso proclama bien alto el amor a la especie humana. ¡Cuánta grandeza de alma la del autor de *Los Miserables!*

EMILIO MISTRAL



Toda la correspondencia, giros, certificados, valores, etc., diríjense de la siguiente forma:

Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158.—VALENCIA

## EVANGELIO REBELDE

### MI amor

Mi amor: la libertad.

La dulce, la noble, la santa libertad.

Esa utopía jamás realizada, ese anhelo nunca satisfecho, esa visión benéfica apenas entrevista y que despierta en mi espíritu un ansia infinita de volar. Sí; quiero ser libre como el ave que navega serena en el espacio y como el león que se siente fuerte y soberano en los inconmensurables desiertos.

Fortaleza, carácter e ilustración engendran libertad.

Con el coraje y la fuerza se vencen los obstáculos materiales, con el carácter se evitan las sugerencias del ambiente, y con ilustración y talento se diseña una norma propia y se aprende a manejar con conciencia el duro timón de nuestras pasiones e instintos, imprimiendo a la nave de la vida un derrotero fijo hacia una lejana luz.

¡Oh santa, oh noble, oh dulce libertad! ¡Cuántos héroes murieron por ti sin conocerte, cuántos esclavos vivieron satisfechos creyendo gozarte y cuántos tiranos te proclamaron su única inspiradora, su única fe y su único amor!

Otros dirán de ti lo que de la virtud dijo el héroe de Filipos. Eres, sí, una vanidad en los labios de los fanfarrones que a voz llena te proclaman. ¡Oh intangible libertad! Yo he descubierto el escabroso sendero que lleva hacia ti. Es el camino de las grandes rebeliones espirituales... Esas ansias incontenidas de demoler, mucho y siempre, para que el aire y la luz jamás sientan la bofetada del muro, de la valla o del abismo sombrío donde se detienen las ondas portadoras de la energía y de la vida.

Los satisfechos son esclavos. Los rebeldes empiezan a ser libres.

Sólo por ti, libertad, soy rebelde, y sólo por ti maldigo y bendigo, y sólo por ti sabré morir como un espartano al pie de las Termópilas de mi más grande ensueño: tu hermana, la Verdad.

### MI causa

Mi causa: el bien y la verdad.

Ninguna causa tiene el monopolio de la bondad y ninguna escuela posee el sùmmum de la verdad.

Por eso yo defiendo mi causa sin prejuicios de razas, de clase, de partido, de escuela o de secta.

No soy un dechado de toda virtud, ni un poseedor de toda verdad. Ni más bueno ni más malo que la mayoría de los humanos, busco el bien inspirándome en las leyes de la gran naturaleza, que es el tratado más práctico de toda moral.

No cristalicé mi cerebro en el estrecho miraje de una escuela o de un comité, ni me dejé tiranizar por los artículos de un programa o estatuto que no he formulado, ni sigo servilmente las huellas, por más brillantes que sean, de un ideal que no ha creado mi mentalidad.

Mi espíritu ecléctico busca la verdad en los inúmeros lugares donde ella pueda hallarse y el bien en los millares de corazones donde puede fructificar.

Los partidos, los hombres, los cargos y los programas son para mí meros accidentes. Lo esencial es la idea y el triunfo de la idea.

El decorado no me interesa. Lo que me importa es la obra.

Los hombres, los programas, los partidos y hasta las ideas pasan... Sólo los hechos quedan.

Hechos grandes o pequeños son los únicos que pueden constituir triunfos en la vida de los hombres que desempeñan alguna misión en el mundo.

Una obra realizada vale por mil elocuentes discursos. Una vida que sabe ser única, que tiene una finalidad y una norma propia, vale por todos los libros que en esa vida se pueden producir y las originalidades que en ellos se puedan encerrar.

Las causas buenas son aquellas que, basán-

dose en la investigación de los hechos y el conocimiento del medio, se encaminan hacia la perfección, realizando, iniciando o concluyendo una obra que puede tener hasta el hermoso mérito de ser equivocada.

Si el dinero, aunque provenga de manos viles, nunca pierde su *valor* nominal, los actos emanados de la bondad—que es don infinitamente superior al dinero—deben ser apreciados siempre, aunque quien los realiza lo haga por excepción.

Y si la bondad nunca desmerece ante el criterio de los justos, la verdad siempre es hermosa, cualquiera que sean los labios que la proclaman y el lugar donde se encuentre su tribuna.

Así piensan los hombres de espíritu amplio.

Así son las causas de los buenos apóstoles.

Y es así como se puede actuar eficazmente en medio de la gran colectividad sin sentirse un esclavo.

Y es por eso, que amando la libertad escribo en mi escudo heráldico, debajo de su sagrado nombre, el de las dos grandes virtudes que la completan y la realizan.

Y es por eso que mi alma, en vez de ser cámara oscura que sólo refleja imágenes del exterior, es constelación que ilumina con el fuego de su propia combustión.

Y es por eso que mi tribuna tiene resonancias graves y sonoras.

Y por eso, siempre será amada por los justos, los serenos y los sensatos.

### Mi lema

Mi lema: pelear.

No ya luchar o combatir, sino pelear.

Pelea es algo más que lucha.

El que pelea, lleva, a más del convencimiento y las armas, el acaloramiento, la ansiedad de la victoria y el espasmo mortal que produce la probabilidad de *uno contra uno* que hay entre sucumbir o vencer.

Yo pelearé con la pluma mientras la pluma sea un arma de combate; cuando haya necesidad de una espada, empuñaré una espada.

Peleo por la liberación de los oprimidos.

Peleo por la conquista de una igualdad económica en la que no haya holgazanes hartos de oro y laboriosos plenos de miseria.

Peleo por que la fraternidad una en un solo abrazo a todos los hombres HIJOS DE LA TIERRA.

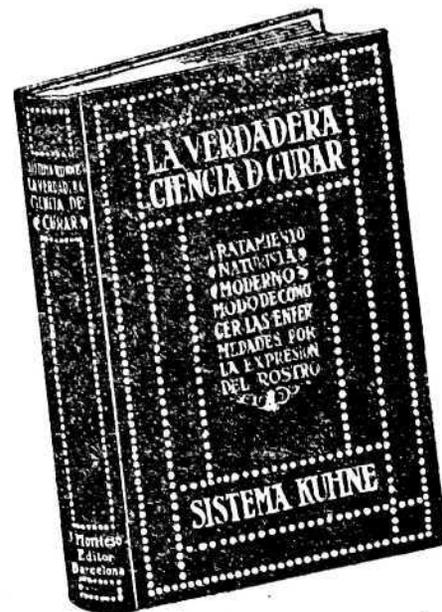
Peleo por la total destrucción de todo lo vetusto, carcomido y putrefacto que aún queda como un desafío en la moderna civilización; por que se extingan todas las castas sociales y todas las plagas humanas.

Peleo por que surja la Verdad, por que sea vencido el Error.

Mi pelea es noble.

Mi pelea es grandiosa; tiene la magnitud de los pamperos y el choque de las olas contra las rocas.

ALCIDES GRECO



## La Verdadera Ciencia de Curar

(Sin drogas ni operaciones)

Utilizando los elementos que la Naturaleza sabía pone al alcance del hombre, y aprovechando los tres factores esenciales de la vida: *Agua, Aire y Sol*, cuya acertada aplicación puede hacer verdaderos milagros en el tratamiento y curación de las enfermedades, por rebeldes que sean. Contiene esta obra trascendental de medicina naturista adaptada a las características de la raza latina, además de un extenso y minucioso tratado sobre toda clase de enfermedades, al alcance de todos, una parte dedicada al estudio y propiedades de las plantas medicinales, y otra para conocer las enfermedades por la expresión del rostro.

Un precioso volumen de 540 pág. con 93 grabados, ricamente encuadernado.—*Precio, 20 pesetas.*

Pedidos a esta Administración: Apartado, 158.—Valencia.

## Consideraciones



# En torno a la escuela del porvenir



### I

Queremos darle al concepto escuela todo su valor ideal y por esto no restaremos a su influencia el posible resurgimiento de una humanidad modelo. Su misión fué esta siempre; en tiempos de feroz decadencia es Platón y Sócrates, es Cristo, con su escuela monoteísta que se imponen a la avalancha de la corrupción, al sepelio sarcástico de toda concepción ética; siglos y sistemas engendran, con su transcurso y estructura, la escuela filosófica de la pléyade gloriosa del enciclopedismo, que con Diderot y Voltaire a la cabeza hizo tambalearse el túmulo milenarío de la rutina e ignorancia que tantas páginas funestas escribieran en la Edad Media. Ahora se siente otra vez la necesidad de una escuela nueva. Una escuela que sea sinónimo de cuna en que puedan mecerse las almas y los más caros ensueños de la aspiración humana.

Es tal la magnitud y trascendencia de este aspecto de la moderna sociología, que yo en mis consideraciones no pretendo aportar nada digno de subrayar para un programa pedagógico. Mi tarea y la que todos los simpatizantes del racionalismo deberíamos imponernos es sencillamente de selección. Hombres de preclaros intelectos procuraron para el futuro de la Humanidad bases en que sostener sus conquistas sociales y morales; esencias éticas estas que parecen esfumarse en la más lastimosa incomprensión o debatirse en el oleaje de unas circunstancias amorales que le son adversas.

El fomento del racionalismo es una necesidad que se siente, preciso es repetirlo, que exige el siglo, que lo palpamos en el despertar de las masas y en sus nuevos anhelos reivindicativos. Una vez más se cumple el fallo del tiempo, inexorable a toda obstaculización,

mejorando aquello que en el mejoramiento tiene su representación genuina.

Se avecina un período de elevación social y debemos preparar a nuestros hijos para ser capaces de llenar los vacíos que en el plano de la moralidad dejarán los prejuicios y la podre de una sociedad decrepita. En todo esfuerzo de superación deben existir reservas de estímulo que embellezcan los horizontes nuevos, que hagan el prodigio de la vida nueva. Esas reservas vitales, esas fuerzas pujantes que continúen el destino humano están integradas por la infancia, por nuestros niños, que mañana serán nuevos muñecos autómatas del medio, si nosotros no procuramos legarles por lo menos el indómito anhelo de libertarse, la idea de una dignificación, la *utopia* de una escuela superior hecha realidad...

\* \* \*

En un sentido ampliamente objetivo, atrayendo *a priori* el ideal de la pedagogía— dicen los pesimistas— y colocándolo en el medio grosero actual, destaca sin duda por su estructura y belleza; pero no es capaz de arraigar en un terreno actual, no preparado para tan bondadosa semilla, la elevación ideológica de una escuela nueva si apenas se cultiva en él la educación mediocre nuestra, que media de la otra un verdadero abismo (?).

Parece, en efecto, un salto gigantesco casi inconcebible el relevar la pedagogía vetusta que padecemos con el racionalismo pedagógico, que como su nombre indica y su práctica demuestra contiene programas de educación individual y colectiva fuera de toda ponderación. Esto, sin embargo, sucede a primera vista. Felizmente, es un falso efecto de nuestra percepción.

El abismo, que sin duda alguna, media entre Fleury y Froebel, por no citar otros, con ser enorme, es fácilmente practicable con nuestros medios prácticos, sin soñar, lo cual sería contraproducente en la lucha que hemos entablado con el medio materialista que nos circunda... Por nuestro esfuerzo voluntarioso hemos logrado la aquiescencia del proletariado para hacer surgir de los vástagos nuevos los propulsores de un mejoramiento social y humano. Tenemos al niño, cuyo corazón sirve de litigio a tres pedagogías: la religiosa, la laica y la racionalista, y que sabemos es eco de la que haga vibrar los nacientes latidos en pos de una caracterización futura. Tenemos al niño y es lo bastante. La acción benéfica a su constitución espiritual de los medios usados cimentará en él un perfectísimo equilibrio mental que también es lo suficiente para que nuestras esperanzas no queden defraudadas.

El equilibrio mental es quien dirime la verdadera senda que conviene al individuo. Si la infancia nueva, como material asequible a

todo formato préconcebido, se formara en una escuela superior, superiores serían sus sentimientos y perspectivas y, por serlo, deducirían la mezquindad y miseria de los que hoy corroe a nuestras generaciones; en la noche del vicio en que nos debatimos ella buscaría y hallaría las irradiaciones de una justicia y moral nuevas en que poder expandir sus afanes superiores.

Presentaremos a los pesimistas un último caso, aunque insistamos en otras ocasiones sobre la bondad de la enseñanza racional, presentando a la consideración de mis amigos la perfección acabada de sus programas y regímenes educativos. Todos sabemos que responden a las llamadas del mejoramiento, no ya los adultos en general, sino aquellos seres que las corrientes de la depauperación arrastra a su acabamiento físico y moral y esto nos dice hasta dónde se puede llegar en un mundo en embrión, perfectible en su esencia, si lo conducimos por senderos de nobleza y bondad ilimitadas. Todo es cuestión de voluntad.

LEÓN SUTIL



## Todo: Ansia de libertad



¡Ansia de libertad! Alma que ansía romper las lindes que le puso el hombre; alma ardorosa que vibrante quiere la libertad.

¡Ansia de libertad! Pájaro herido por la ingente vileza colectiva. Pájaro azul de los ensueños rojos en cautiverio.

En el ansia perenne de la psiquis surgen del corazón los esplendores y en notas rítmicas desborda toda su melodía.

Este nuestro existir se sintetiza en amar lo mejor que nos rodea, y es sólo el alma quien descubre, altiva, tan gran misterio.

¡Oh, soles del oculto mundo! ¡Soles que gravitáis por el espacio psíquico e ilumináis las escondidas sombras del pensamiento!

¡Oh, soles rojos que brilláis magníficos en el mundo interior! Dadnos el fuego de la eterna Verdad, pues que el humano se aleja de ella.

Ansia de libertad, ansia constante de conquistar los amplios horizontes donde está la Verdad, libre y sencilla, toda desnuda.

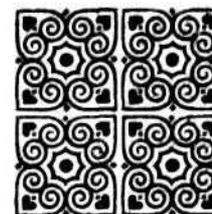
Afán creciente por saber qué existe en el fondo sombrío del Arcano y en el Todo vital de la Natura, madre clemente.

Concreción ideal. La vida nuestra, el Bien debe buscar, y la Concordia, y plasmar el sentir en las acciones más justicieras.

¡Ansia de libertad! Todo se cifra en el viril anhelo de los hombres que aman la vida placentera y libre y sin flagelos.

M. MEDINA GONZÁLEZ

## La pendiente maléfica



¡Con qué aire de jovialidad y de satisfacción deambulamos en las noches serenas y plácidas por entre las arterias de nuestras populosas urbes! Verdaderamente, la calle es un vasto campo de recreo en el que, sobre todo la gente joven, encuentra deleitosas distracciones, y es el arroyo adonde nos arrojamus cuando queremos aligerar de preocupaciones nuestro cerebro y sustraer pesares a nuestro corazón.

El contacto con el mundo y el bullicio callejero parécenos a veces un solazamiento que buscamos sin saber por qué, y la atención de nuestros sentidos, esparcida por doquier, nos hace experimentar la impresión de una zambullida en un ambiente de fantasías, exhibiciones y cosas vivientes, de cuya efemeridad sólo llegamos a apereibirnos cuando de nuevo al ejercitar nuestro pensamiento y vivificar recuerdos en nuestra memoria, nos aparece el juego de motivos que da animación al teatro de la vía pública.

Algo especialmente típico que nos presenta el complejo y abigarrado escenario mundanal, en el corazón de las grandes y más agitadas capitales sobre todo, es la ronda chocante de decenas y decenas de mujercitas extrañamente ataviadas y de tocados llamativos, que, confundidas entre la multitud de los viandantes nocturnos, hacen ostentación de todas sus bellezas y sus habilidosas maneras de muda seducción, bajo la parda claridad del alumbrado.

Ante la presencia atrayente y las miradas coquetonas de tales hembras, los hombres olvidamos que las muñequitas fascinadoras que a cada paso tropezamos y se nos ofrecen, son frágiles florecillas prontas a marchitarse, a ser fustigadas por la suciedad del lodo que reina en los bajos fondos, a ser arrastradas por una corriente vertiginosa que las precipitará en un camino de dolores ininterrumpidos, y poseídas de sugestión las muñequitas, hacemos que caigan en nuestras manos para saciar en ellas, merced a unos céntimos, la animalidad de un apetito, exaltado por la carencia de un verdadero amor y por la privación de goces procu-

rados dignamente en un ambiente de fraternidad y de elevación.

Esas mujeres son el recurso a que apelan para la satisfacción sexual todos aquellos desventurados que cerca de sí no pueden ver las ternuras y las caricias de seres amantes de verdad; los vagabundos a quienes su expatriación e inquietudes constantes no les hacen fácil el encuentro de una afinidad amorosa; los tímidos y los desesperados, que, víctimas de la incomprensión y el desdén general de la sociedad, sólo recurren a la prostitución para olvidar siquiera sea unos breves momentos la melancolía que les agobia el espíritu.

Y la carrera de estas mujercitas, símbolos de la frivolidad y del capricho, es tan llana y accesible en sus principios, que raramente aquella que se inicia por primera vez, se desvía ya del camino que sus compañeras siguieron. Es indudable que la joven neófita ignora lo que supone el empezar a vender su cuerpo a los ardores de los hombres, y pronto quedan rotos los frágiles pudores que pudieran retenerla.

La pendiente maléfica de la prostitución se abre ante ella con términos desconocidos, y adonde irá a parar la tierna y linda florecilla, tan lisonjero que parece el comienzo de su camino, sembrado de horas libres, de disposición de dinero, de caprichos satisfechos, de admiraciones ganadas, de nocturnales alegres, de compañías mundanas...

¡Cuánto vale a veces ignorar los males que nos acechan y no pensar en las tormentas probables que nos esperan en el futuro! Si las muchachas pudieran leer el porvenir que puede destinarles la vida de la prostitución, ¡cuántas habría que retrocederían espantadas, conmovidas de impresión! Pero vana suposición en nuestros días. Multitud de medios existen hoy para las mujeres jóvenes que les estimulan hacia la prostitución, además de las diversas causas que no sólo las hace caer, sino hundirse irremisiblemente en el fango maldito de tantas perdiciones como hay.

La prostitución es un hecho que se cultiva

y se enaltece de una forma indirecta, pero eficaz, por medio de la literatura, la conversación, el teatro, el cine, la prensa, y espectáculos diversos organizados exclusivamente para rendir honor a la coquetería, la frivolidad y el engaño. Por otra parte, la miseria, las tiránicas obligaciones del trabajo y de la familia a que se somete a la juventud, la deficiencia de una educación poco integral y expansiva, los procedimientos censurables de represión empleados contra las principiantes que se prostituyen, y otras causas, algo más secundarias quizás, hacen que el problema de esa degradación se eternice y cause estragos en el ambiente de nuestra sociedad.

¿Quién se ocupará de remediarlo, quién atajará los males que al sentimiento producen costumbres así, que una verdadera civilización hubiera ya desterrado para siempre de la vida pública?

Quizás sería inútil el señalar en todos sus detalles a la juventud femenina los diversos aspectos de la pendiente maléfica de la prostitución: el desdén masculino, el antro del lupanar, la cárcel, el hospital, la despiedad del mundo para las pobres que cayeron en el abismo que todos con sus mentiras y falta de escrúpulos fomentan.

Para remediar algo, se ha de pensar en transformar las condiciones de la vida que ocasionan la existencia de la prostitución como un mercado público y aprovechado. Educación sentimental, fisiológica, ética; todo exige que se reforme, si se quiere acometer de verdad el trabajo de ir reduciendo los efectos y la boga de la profesión de que hablamos. El problema es tan delicado y trascendental que lleva encarnado en sí la historia viviente, trágica y dolorosa de cientos de criaturas sumidas en el desamparo y la execración.

Cuando los hombres nos sentimos alucinados ante la fragancia y el candor que las jovencitas nos brindan en sus comienzos de la vida de cortesana, ¡cuán lejos estamos de reflexionar sobre la importancia del martillazo que damos sobre el clavo. Y, sin embargo, hasta cierto punto, lamentable es decirlo; pero se comprende que en ocasiones nuestro cerebro queda vencido por la animalidad de nuestras ansiedades y vayamos a saciarnos con los más apeti-

tosos manjares en el tumultuoso torbellino de la comedia humana.

No ha mucho yo mismo me llevaba también del arroyo mi correspondiente presa: una hermosa nena de diez y siete años, morenita y seria de cara, con ojos negros y ardientes, cabellos sedosos y ondulados, y amañada con un vestidito ligero de color rosa que sólo le alcanzaba hasta encima de las rodillas. Nada más pensaba haber pasado con ella diez minutos escasos; pero debo confesar que a los cinco de conversación todas mis intenciones y sentimientos habíanse transformado totalmente.

Por completo desnuda, su cuerpo adorable, despidiendo perfumes, sólo aguardaba que yo la poseyera y vibrara en la sensación voluptuosa del orgasmo; pero yo no la poseí, y estoy seguro que hoy me pesaría sobremanera si tal hubiera hecho. Aquello me hubiera parecido la mayor profanación que realizar pudiera. La guapa doncella, según me dijo, era una anarquista e hija de padres desconocidos. Me confidenció que vivía sola con otra amigueta, y que ambas sentían una absorbente pasión hacia los libros. Me habló de Dostoiewky, Romain Rolland, Cœurderoi, Víctor Marguerite, etc. "Antes que ser explotada por un salario miserable y tener que consumirme cuotidianamente en esos presidios que llaman fábricas, prefiero venderme así", me contestó, al preguntarle yo por qué se prostituía. Intenté besarla en la boca, y desviando a un lado su cabeza, me repuso que ella no besaba a nadie que no amase verdaderamente. Entonces acerqué mis labios reiteradas veces a su cuerpo impúdico y la besé delicadamente.

El estremecimiento invadió todo mi ser, y me sentí helado por todo; sólo en mi corazón notaba que un amor ardiente hacia ella empezaba a gestarse, y hubiera dado no sé qué y cuánto por que el momento de nuestra separación no tuviera que llegar. A pesar de todas mis súplicas, al fin me dejó y se marchó sin que nuestros labios se sellaran, sin que en su mirada yo apreciara tan sólo un indicio de simpatía amorosa.

Ya no he vuelto a verla más, e ignoro qué será de su vida; pero siempre que pienso en el desconsuelo que su indiferencia y su filosofía me dejaron...



## Fuerza de Voluntad

Poca atención se le concede a esta importantísima facultad que posee el hombre. Es cierto que no todos saben el valioso papel que ésta desempeña en nuestras actividades y, por lo tanto, no pueden ocuparse de ella; pero resulta que quienes están enterados, salvo raras excepciones, tampoco se preocupan. Sin embargo, me atrevo a recomendar un poco de atención en ella, con la convicción de que quienes la pongan no perderán el tiempo.

Muchas veces intentamos hacer algo, y, con despecho, comprobamos que no estamos dispuestos para ello. Otras, tenemos un trabajo principiado, y, a pesar de las tentativas, no somos capaces de proseguirlo. Las más, llevamos tiempo y dinero invertido en una empresa y nos falta energía para hacerla llegar a su fin, abandonándola; en todos estos casos decimos que nos falta voluntad, y, en ocasiones, no son pocos los perjuicios que nos causa nuestra flaqueza. Mas, lo dicho, decimos que nos falta la voluntad y no intentamos procurárnosla, continuando la racha de debilidades. Con un poco de interés se puede adquirir esa importante "fuerza de voluntad" que a veces admiramos en algunos. Para ello basta con querer conquistarla para sí.

Cuando uno se halla ante un caso de debilidad manifiesta—cansancio, timidez, indecisión, hastío—no tiene más que intentar convencerse a sí mismo que no hay razón para aquello, que aun puede contar con sus energías, que debe hacer algo por salir de aquel estado, y así hasta que sus propias aserciones lleguen a ser una obsesión y preocuparle. Al propio tiempo ha de intentar hacer aquello que sea su dificultad, una o varias veces, cuantas pueda. Lo más probable será que en un principio no note progreso alguno, pero entonces es cuando necesita hacer un esfuerzo para intentarlo una y muchas veces, hasta conseguir un resultado satisfactorio.

De aquel que intenta adquirir esta valiosa energía depende el mayor o menor progreso,

pues éste se medirá por el esfuerzo hecho y por la cantidad de voluntad que poseyera anteriormente.

Aquí entramos en un círculo vicioso, porque, precisamente, lo que se hace para adquirir esa fuerza, es un "esfuerzo de voluntad".

Las más de las veces hay quien intenta educar esta influyente facultad y fracasa, debido a que es un círculo vicioso, como acabo de decir. Pero si la idea se ha fijado en la mente, si al sentir el interés de adquirir un máximo de fuerza en dicha facultad—sea debido a una lectura que a ella se refiera, a una confidencia o a lo que sea—se pone más interés que a cualquier asunto vulgar y se procura retener la intención en la memoria, pronto o tarde se reanudan las tentativas que podemos llamar de educación, y una u otra vez nos anima el comprobar algún progreso y, con regularidad, se llega a la conquista del fin propuesto.

El adquirir la voluntad, debo repetirlo, no es otra cosa que no reducirse a declararse vencido a la primera tentativa y probar varias veces hasta conseguir lo que uno se propone, cada vez con más energía; en eso se distinguen los hombres de voluntad de los que no lo son.

Frecuentemente, se confunde la voluntad con la testarudez, pero no es muy difícil diferenciarlas: Cuando un hombre testarudo se obstina en algo, prueba siempre en la misma forma, sin pararse a pensar si aquello es posible o no; cuando un hombre de voluntad intenta alguna cosa estudia las posibilidades que tiene de conseguirla, los medios de que ha de valerse, y si un procedimiento falla prueba otro, y hace trabajar la inteligencia.

Una vez se pone esa "fuerza de voluntad" no hay nada más sencillo que hacer uso de ella. Ante las dificultades, se siente placer de vencerlas. Nunca el hombre de potente voluntad se declara vencido a la primera tentativa. Prueba, expone, se esfuerza y, si no siempre, vence muchas más veces que los otros. Para él llega a

ser una costumbre el forzar las dificultades y vencerlas. Incluso llegan los hombres de voluntad a intentar empresas que parecen quimeras por difíciles y a realizarlas.

En resumen, que aquéllos que anhelan hacer algo más que los otros, sobrepasarse a sí mis-

mos, dominarse, deben adquirir "fuerza de voluntad"; y para conseguirla, si no son capaces de hacerlo inmediatamente, deben procurar que esa intención se grave en su mente, llegue a ser, si es posible, una obsesión.

VALENTIN OBAC

## MUNDOLOGÍA

### Los progresos de la cinematografía

Ya se sabe que la sensación del relieve es ocasionada por la visión binocular, pues cada uno de los ojos nos da de los objetos una imagen ligeramente distinta, y es en la superposición de esas dos imágenes cuando se nota la percepción del relieve.

Parece ser, pues, que para realizar en el cine el relieve integral, sea indispensable la aplicación del método usado ya en la fotografía, consistiendo en el empleo simultáneo de dos objetivos colocados a una distancia cercana de la de los ojos. Algunos ensayos de este género aplicados al cine, no han dado hasta ahora resultado satisfactorio, y esta técnica adolece aún de ciertas imperfecciones.

En una interesante conferencia dada recientemente por el doctor Couchaud, se ha expuesto cómo se podría llegar a franquear una primera etapa hacia el cine en relieve, teniendo por única base la visión monocular.

El doctor Couchaud ha hecho notar, en efecto, que si cuando se cierra un ojo el relieve disminuye en grandes proporciones, llega a quedarse en una apariencia casi igual a la de una simple imagen fotográfica. Esta sensación aun apreciable del relieve, piensa que proviene de la forma misma del ojo, en el cual todas las superficies son curvas: curva es la córnea, curva la retina, curvo el cristalino; y es en la forma plana de la placa fotográfica que él ve la razón de la desaparición total del relieve.

Además, no solamente las distancias en profundidad están deformadas, sino también

los valores de las luces pierden sus proporciones exactas.

Antes de alcanzar el logro del relieve integral dado por la visión binocular el doctor Couchaud piensa, pues, que se puede resolver en parte este problema, tratando de hacer dar al cine la misma impresión que la visión monocular.

A tal fin, se ha imaginado el hacer establecer una pantalla presentando una forma análoga a la de la retina, o sea esférica. La pantalla que ha hecho construir, y que presentó en su conferencia, es, por consiguiente, una porción de esfera cortada según un rectángulo de 3'20 metros de ancho por dos metros de alto, cuya diagonal mide cuatro metros y la flecha del centro 0'76 metros.

Después de haber proyectado la película sobre la pantalla ordinaria, ha hecho pasar de nuevo esa película sobre la pantalla curva, y, efectivamente, en numerosos pasajes de la proyección aparecía un relieve más notable que el que da a las vistas animadas el movimiento de los actores. Asimismo, las luces toman valores más verídicos, al propio tiempo que las profundidades se distinguen más acusadamente.

Es cierto que el cine está lejos de haber alcanzado la perfección que puede pretender, y ya la película sonora va aproximándolo hacia la vida real. Si en todo caso, pues, la pantalla plana puede muy bien bastar para el cine mudo, parece bien que el cine sonoro exija de un modo algo imperioso la sensación del relieve. Todas las pacientes investigaciones de los sabios de todos los países no han llegado aún a resolver este importante problema.

Por otra parte, se anuncia de América que el ingeniero sueco Berggreen acaba de hacer con éxito una demostración de película en relieve. El señor Berggreen, por un juego de lentes y de los cálculos ópticos, cuyo secreto guarda, ha resuelto el problema de la sensación del relieve con un solo aparato de impresionar vistas y de la proyección panorámica sobre una pantalla que cubre el conjunto de una escena de teatro. El nuevo aparato, como los ojos humanos, capta dos imágenes y las reduce en una sola sobre la película. La proyección atraviesa dos lentes, y el mecanismo ejecuta el trabajo de nuestras retinas al ir y al volver.

### **Un calorífero económico para la cama**

En previsión ya a los crudos rigores del invierno, con sus intensos fríos y la carencia del debido confort que en cada hogar debería existir muy razonablemente, se ha venido a idear una especie de estufa eléctrica, que, sin que ofrezca ninguna clase de peligro puede constituir un excelente medio de poseer algo de calor en el lecho.

Basta con coger una caja cilíndrica de hoja de lata, por ejemplo, y agujerear uno de sus topes, de modo que se le pueda aplicar un cordón de lámpara. Una bombilla va introducida en el interior de la lata y rodeada de una vaina de amianto, debiendo llenar de arena el espacio que queda entre ésta y las paredes de la lata. Con una tela de franela se envuelve así todo el aparato.

Si se utiliza una bombilla de 50 bujías del tipo monowatt, basta con encender durante un cuarto de hora para que el calor que se acumula en la arena que contiene la lata se mantenga por más de una hora. Además, nada más sencillo que dar un suplemento de calor cuando convenga, si se tiene a mano un interruptor. Ningún peligro de incendio puede temerse, dada la presencia del amianto que envuelve a la bombilla.

### **Un nuevo enlace de cordones eléctricos**

Se sabe que en los términos de los reglamentos actualmente en vigor, concernientes a

las instalaciones eléctricas, las conexiones de los conductores entre sí, como las derivaciones, deben estar siempre aseguradas por tornillos o dispositivos equivalentes a la exclusión de todo empalme. El empalme exige, en efecto, que el hilo se desnude cierto trozo, y cuidadosamente, para que el contacto sea perfecto, y la cinta aisladora que debe emplearse necesariamente para aislar impide a menudo el poderlo meter en las cajitas de madera. El enlace es, al contrario, muy seguro, ya que las partes metálicas que sirven a unir los hilos quedan dentro de la porcelana.

El empalme que nosotros señalamos se compone de un bloque de porcelana que, visto de corte, tiene forma de U, teniendo un brazo atravesado por un tornillo que se fija en el brazo de una pieza de latón, también en U. Las bases de estos dos agujeros están perforadas de forma que pueda pasar el hilo.

Si se desea establecer una derivación sobre un hilo, basta con desnudar este hilo algunos milímetros de longitud, hacer lo mismo en la extremidad del conductor derivado y poner el primer hilo a través de la mordaza de latón, el segundo en las aberturas de la porcelana y la mordaza, apretando, por fin, los tornillos del aparato. Así, los dos hilos se mantienen en sólido contacto entre sí. La operación se hace muy sencillamente y no exige ningún conocimiento especial.

M. G. P.

---

## **La que supo vivir su amor**

*por Higinio Noja Ruiz*

Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción, la cual viene obteniendo un éxito franco y merecido.—Precio, 4 pesetas.—Pedidos a esta Administración.

---

Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.

## El "triunfo" de la Medicina

Así se titula una película cinematográfica que vi ha poco sobre la pantalla.

En un pueblo provinciano, médico y farmacéutico viven en la penuria. Nadie estaba enfermo, todos gozan de buena salud; por lo cual, los dos hombres de ciencia se pasaban el tiempo a la caza o jugando a los naipes y al ajedrez, en el único café pueblerino.

El médico no podía adquirir un "Ford", aunque fuese de segunda mano, y el boticario, su colega, no podía comprar medias de seda a su costilla, como hacían el carnicero y el tendero, por ejemplo.

El médico, entrado en años, abandona su parroquia a un joven recién salido de la Facultad.

Este joven representante de la Medicina moderna, con todo su cortejo de procedimientos y adelantos, llega al lugar montado en soberbio "Citroën".

Al verle, la gente se ríe de sus pretensiones y le significa que muy en breve hará como su antecesor.

Mas él sonríe ante esta profecía campesina, y en un soliloquio de controversia, afirma que antes de un año todos los habitantes de la localidad estarán enfermos, o él perderá su nombre de émulo de Hipócrates y Laënnec.

El film completa esta tesis con ilustraciones de los libros de Molière—uno de los que más atacaron la Medicina—, que este joven médico ve en ensueños escarnecer su sacerdocio.

Empieza por instalar una clínica y un despacho de visita con todos los resortes de la modernidad medical.

Los labriegos ríen de todos esos preparativos insólitos, y algunos, maliciosamente y por curiosidad estulta, se fingen enfermos y van a consultarle sobre enfermedades imaginarias.

El deseo de ver el interior de la "casa del nuevo médico" y de abordar a ese joven tan *fachendoso*, es también un importante móvil para trasladar todos esos reacios de la pócima

y de la inyección, a la morada del doctor.

Este es un *doctor*, no un *médico*; no toma el pulso, ausculta con el estetoscopio, con el esfigmógrafo, radioscopia y hace muchas cosas desconocidas.

Por ridiculizar a su congénere, el último adalid de la vieja medicina, tiene un cuadro satírico de la jeringa, de la sangría, de las sanguijuelas, de la homeopatía y de toda esa historia post-medioeval de la medicina.

No quiero molestar más a los lectores con la narración minuciosa de este film de tesis.

Sepan solamente que, contrariamente a nuestro anhelo de ver la medicina espectacular e industrial vencida, nuestro joven protagonista logra transformar un pueblo de sanos en un vasto hospital. En un apoteósico final, vese el médico asomado a la ventana de su casa, a la una de la mañana, contemplar el panorama nocturno del lugar. En cada casa hay una luz que brilla; ¿por qué en cada casa hay al menos un enfermo que cuidar y que velar?

Por otra parte, el farmacéutico ha transformado su mujer en una dama burguesa y la botica destartalada y polvorienta en una lujosa farmacia pintarreada y coqueta con sus estantes repletos de toda clase de preparados.

La medicina moderna—según el film—triumfa de la vieja, sembrando de enfermos un pueblo de sanos aldeanos. ¡Palabra!

F. B.



A todos nuestros corresponsales de América y Francia les advertimos que pueden efectuar sus pagos por medio del Giro Postal Internacional. Es ésta la más práctica, rápida y económica forma de enviar dinero.

Los giros diríjense siempre de la siguiente forma:

**Sr. D. J. Juan Pastor**

**Apartado 158**

**VALENCIA**

**Divulgaciones  
médicas**

## **Cómo se evita y cómo se cura la sífilis**

**( Conclusión )**

### **La obligación de curarse**

*Hay algo peor que contagiarse de una sífilis, y es el no curarla o el curarla insuficientemente.*

El hombre que se contagia de una sífilis contrae obligaciones ineludibles para consigo mismo, para con su familia, para con la sociedad en la cual vive.

*El deber para consigo mismo*, es el primer imperativo que debe presentarse a la conciencia.

Los jóvenes son a menudo optimistas y abandonan a su suerte las consecuencias de la enfermedad confiando en que las fuerzas vivas propias de la edad, han de triunfar del mal mismo. Hay algunos en quienes el problema se propone aún en formas menos exigentes; la sífilis, se piensa, es la consecuencia de la virilidad, y como la virilidad enorgullece, la sífilis no es un estigma sino un galardón. "Ya soy hombre, tengo una sífilis..." Por absurdo que parezca este razonamiento, el hecho es que hay jóvenes que fundan en él su inercia y su desidia.

Ni la juventud puede triunfar de una enfermedad que produce la ruina de los organismos mejor dotados, ni hay tal galardón en tenerla. No se trata de una cicatriz gloriosa que proclama el valor desplegado en las batallas, sino de la invalidez más o menos definitiva e inútil.

Por otra parte, si la sífilis pudiera ser considerada como una enfermedad absolutamente personal, la falta de precauciones tendientes a evitarla o la abstención del tratamiento tal cual debe ser realizado, dañaría sólo al que la contrae. Pero ya hemos visto como ella representa también un mal para la propia familia del enfermo. La esposa será contagiada tarde o temprano por la enfermedad no tratada convenientemente; los hijos contraerán la enfermedad en forma

hereditaria y en muchos casos serán hombres degenerados, sin aptitudes para la vida, cuyo destino prematuro es el cementerio o el asilo. Cualquiera que sea la manera de pensar que se tenga, el mayor o menor altruismo de que se disponga, es evidente que representará siempre un gran dolor el saber que los seres que más se quiere en el mundo sufren inocentemente las consecuencias de una desgracia que se hubiera podido evitar con un poco de precaución y en todo caso con decisión y energía, aplicando el tratamiento correspondiente.

Y si la defensa de la salud y el vigor de la propia familia es una obligación ineludible e inmediata, la de su propia raza no es menos imperativa aun siendo más indirecta.

En el caso de un contagio, toda la voluntad y toda la energía moral de que se sienta uno capaz, debe ser puesta en obra.

Es necesario confesar desde luego, que se necesita toda una voluntad y toda una conciencia moral para resolver favorablemente los múltiples problemas del tratamiento y llevar a término las obligaciones impuestas por el nuevo estado. Muchas molestias y desagradados esperan al que ha contraído una sífilis si quiere librarse de ella en forma de que lo habilite para actuar de nuevo sin peligro para los demás y para sí mismo; pero cualquiera que sea el número y la calidad de estas molestias no son jamás comparables a las que esperan si el tratamiento no es realizado convenientemente.

*Librarse del mal lo mejor y lo más pronto posible y no flaquear un instante en la decisión de librarse hasta no haberlo conseguido*, debe ser el lema y la divisa de un enfermo.

### **Cómo debe ser encarado el tratamiento de la sífilis**

*Tres son las condiciones esenciales de un buen tratamiento.*

Iniciarlo en el momento oportuno.

Realizarlo bajo la dirección de un médico competente.

Proseguirlo hasta que sea suficiente.

*El momento oportuno.* La sífilis debe ser tratada lo más pronto posible.

Cuando la infección está en el período que hemos llamado *primario* o de *chancro* las spirochaetas están localizadas en este último, y la invasión no se ha generalizado aún en el organismo. Si en tales condiciones se hace un tratamiento apropiado, *la infección puede ser absolutamente dominada, curada definitivamente, pero esta oportunidad es única y cuando ha pasado, la sífilis no se cura ya por completo y todo lo que se puede obtener con el tratamiento es sólo una atenuación de su virulencia e intensidad.*

*Este período excepcional dura tres semanas, cuatro como máximo, a contar desde el momento de la aparición del chancro. Cualquier retardo compromete el éxito del tratamiento y el porvenir del enfermo.*

Pero una duda puede surgir: ¿es verdaderamente una sífilis lo que se ha contraído?

No es el enfermo el encargado de resolver un problema a veces difícil hasta para el médico. Las lesiones en apariencia más insignificantes pueden ser sifilíticas, y cualquiera que sea su aspecto deberá de inmediato producir dudas cuando han sido consecutivas a contactos genitales más o menos sospechosos. El médico debe resolver la cuestión y a él debe recurrirse sin pérdida de tiempo.

Si la mejor oportunidad ha sido desperdiciada por cualquier causa, no se está autorizado a abstenerse de tratamiento o a diferirlo para más adelante.

*La sífilis debe ser tratada en cualquier período, primario, secundario o terciario.*

*La dirección médica.* No todos los médicos saben tratar convenientemente una sífilis, y muchas sífilis son mal tratadas precisamente por esta causa. Las consecuencias son idénticas para el enfermo, cualquiera que sea la ignorancia culpable, la suya o la del médico.

La elección del profesional a quien se ha de confiar la dirección del tratamiento en una enfermedad cuya atención exige competencia y conciencia, no es, pues, cosa simple y fácil. El profano no está tampoco en condiciones de

juzgar por sí mismo si el tratamiento que se realiza sobre su propio cuerpo es el más conveniente. ¿Cómo resolver la dificultad? Los consejos no tienen en este caso, como en otros muchos, ninguna importancia cuando el que los da es tan ignorante en el asunto como el que los recibe.

Hay, sin embargo, una circunstancia que puede hacer criterio de verdad y es la siguiente: es más probable que el especialista conozca mejor el tratamiento de la enfermedad que el médico que no ha dedicado a ella toda su atención, y aun cuando también es cierto que hay especialistas que no conocen su especialidad, estos son los casos excepcionales.

*Es al especialista a quien se debe recurrir de preferencia.*

*El tratamiento deberá ser suficiente en intensidad y en duración.* Uno de los escollos más importantes que se oponen al éxito reside frecuentemente en la inconstancia de los enfermos.

Al principio el temor despertado por la enfermedad recién contagiada, sugiere al enfermo decisiones que parecen incommovibles y éste acepta sin vacilar las indicaciones y los consejos del médico. "Cueste lo que cueste en tiempo, molestias y dinero, estoy decidido a curarme completamente". El tratamiento se inicia y continúa por un tiempo, más o menos largo, siempre determinado por la predominancia del miedo sobre las molestias. Pero el miedo disminuye y entonces comienzan las interrupciones. El enfermo desaparece por largas temporadas del consultorio del médico y éste se encuentra con que todas sus amonestaciones y consejos han sido completamente inútiles. Pero la enfermedad que no ha sido dominada, se hace entonces presente por alguna de sus manifestaciones desagradables y el enfermo sobresaltado reinicia su tratamiento con los propósitos anteriores. Se establece en esa forma un tratamiento intermitente cuyo resultado deja siempre mucho que desear. No es raro que en tales condiciones un accidente irremediable deje al enfermo definitivamente inválido o lo lleve directamente a la tumba.

*Lo mejor será, pues, solicitar del médico un plan de tratamiento total, anotarlo cuidadosamente y seguirlo con la mayor minuciosidad.*

La anotación tiene la ventaja de mantener siempre viva la atención del enfermo y con

ella la voluntad de proseguir el tratamiento. Ella es también de gran utilidad para poder informar al médico con el cual, por cualquier circunstancia, se ha reemplazado al que formuló e inició el tratamiento.

### La obligación de no contagiar

El que conoce todo el daño que puede causar a otro contagiándole su propia infección, y tiene una recta conciencia moral, hará todo lo posible por evitarlo.

*La ignorancia y la maldad son, pues, las dos condiciones habituales del contagio.*

Ahora bien, en relación a la primera de estas dos situaciones negativas, es frecuente que los conocimientos adquiridos, no penetren profundamente en la conciencia individual para hacer surgir la norma de conducta correlativa. "La sífilis se contagia, se sabe... Pero, ¿por qué he de contagiarla precisamente? La suerte puede ayudarme y como la fatalidad del contagio no es absoluta, no es indispensable tomar precauciones". Y el contagio se produce, sin embargo. La infección tomada fuera del hogar, en una noche de libertad y de desgracia, se propaga repentinamente a los seres menos culpables y más puros. Ora es el hermanito que ha tomado agua en el mismo vaso o a quien se ha besado; ora, la hermana virgen; ora los propios padres o los propios hijos.

A veces la conducta del enfermo, es determinada por un especial estado de espíritu que conviene conocer.

Todo el mundo ha podido observar sujetos atacados de graves enfermedades infectocontagiosas que no parecen preocuparse en lo más mínimo de evitar la propagación del propio mal y exponen, aun a las personas con quienes se encuentran vinculados por el afecto, a los daños del contagio. Se ve así, a menudo, sífilíticos, tuberculosos, leprosos cohabitar con su familia sin que parezcan afectados por la enorme responsabilidad que en realidad tienen. Fuera de los casos excepcionales en que una perversidad sobrehumana o una ignorancia ilimitada explican el hecho, debe aceptarse que tal situación de espíritu nace de la falta de convicción relativa a la existencia del propio mal o del mal que pueden ocasionar al contagiarlo. El enfermo, no está convencido de es-

tarlo o estándolo no está convencido de la gravedad de su enfermedad y entonces prefiere exponer a los demás antes de destruir sus propias ilusiones.

*Para el sífilítico debe constituir un deber ineludible evitar por todos los medios a su alcance que se contagien otras personas.*

La necesidad de satisfacer las exigencias sexuales, es a menudo, fuente de dificultades de todo orden. ¿Cómo conciliar las exigencias del organismo con la obligación de no dañar? El enfermo debe tener presente que cada coito que realice sin tomar las precauciones convenientes, puede producir no sólo el contagio de la persona que contribuye con su propio cuerpo, sino también extenderlo a un gran número de otras por medio de los contagios sucesivos.

Si la sífilis está en pleno período contagioso (período primario y período secundario con manifestaciones no dominadas por el tratamiento) la abstención más completa debe ser impuesta. A este propósito debe recordarse que la enfermedad no sólo se trasmite por contacto genital y que basta que las superficies contagiosas se pongan en contacto con las mucosas o con pequeñas escoriaciones de la piel en el sujeto sano. Vale la pena recordar en este lugar el caso contado por Cattier en el librito ya mencionado, pues su relación demuestra todo lo que se debe exigir de uno mismo y de los demás en el caso desgraciado de una infección. Cuenta Cattier:

"Un día vimos venir a nuestro consultorio una inglesita de 18 años, muy bonita y cuyos ojos muy azules tenían la limpidez de un lago transparente.

¡Vengo a ver a usted, me dijo, porque me duele por todas partes!

¡Apenas comenzado el examen ella nos declaró que era "soltera" en toda la expresión de la palabra y nuestro examen médico nos probó que era rigurosamente exacto. Tratando de precisar nuestro diagnóstico, hicimos un examen de la garganta, y cuál no sería nuestra sorpresa al constatar sobre una de las amígdalas, placas mucosas netamente sífilíticas!

¿Cuál había sido la vía de acceso de esta sífilis en una virgen de 18 años?

La joven, bajando los ojos ante nuestro interrogatorio un poco apremiante, nos confesó, que había flirteado... simplemente!..."

Las precauciones más rigurosas son, pues, exigibles.

La posibilidad de realizar el coito con personas que también son sífilíticas, generalmente en período terciario, puede facilitar la solución de muchas dificultades.

En los casos extremos el protector de cauchout debe imponerse.

Cuando las manifestaciones han sido completamente dominadas por el tratamiento, las probabilidades de contagio son naturalmente mucho menores. En el período terciario, el contagio sólo es posible cuando hay ulceraciones exteriores.

Las precauciones deberán redoblar para actuar en el seno de la propia familia. El aislamiento más absoluto, fuera del hogar si es posible, deberá ser impuesto si la sífilis está en los períodos contagiosos, sobre todo durante el período secundario. Ni la dificultad de encontrar un pretexto para ocultar la verdadera causa del aislamiento, ni ninguna otra consideración pueden hacer disculpar o justificar una conducta diversa. Es preferible confesar a quien corresponde, su propia situación, por penoso que ello sea, a exponer seres inocentes a la desgracia que a uno le ha tocado.

### La sífilis y el matrimonio

De lo expuesto en los capítulos anteriores puede deducirse la importancia trascendental que tiene el matrimonio en el problema social de la sífilis. No insistiremos, pues, sobre él sino para establecer la norma de una conducta racional cuando se deba resolverlo en circunstancias personales.

La infección puede haber sido contraída, cronológicamente, antes del noviazgo, durante el noviazgo, durante el matrimonio. He aquí cómo, a nuestro criterio, debe resolverse la situación en esos diversos casos:

1.º *La infección es contraída antes del noviazgo.*—Ningún compromiso ni responsabilidad pesan sobre el individuo, si no es la obligación de no buscar ni aceptar la novia que las circunstancias o el destino puedan ofrecerle, hasta ponerse en condiciones de no ser dañoso para su familia futura.

Cualquiera que sea el período en que se encuentra la enfermedad, es imposible determinar en forma precisa la evolución que ha de

seguir y no se debe por consecuencia arriesgar un compromiso que no se sabe si podrá ser honradamente cumplido. Deben ser también tenidos muy en cuenta los riesgos de un contagio durante el noviazgo mismo, contagio realizable por caricias más o menos inocentes y permitidas.

En resumen: *Hay que sanearse para el noviazgo como hay que sanearse para el matrimonio.*

2.º *La infección es contraída durante el noviazgo.*—La situación es naturalmente más grave que en el caso anterior y el conflicto moral que se plantea exige la intervención de una voluntad enérgica y de una conciencia estricta para resolverla como se debe.

Haciendo abstracción del contagio por los besos, siempre posible, siempre temible, debe considerarse que el plazo convenido con la familia para cumplir el compromiso contraído, es por lo general menor de cinco años, tiempo que se necesita como *mínimum* para ponerse en condiciones de no ser dañoso mediante la intervención de un tratamiento apropiado. La producción del contagio en el hombre, establece, pues, para éste una grave alternativa. O hay que prorrogar el plazo establecido buscando pretextos y subterfugios que por lo general no son admitidos o hay que casarse en condiciones indebidas. Por otra parte, los sentimientos que han echado en el corazón sus hondas raíces, amenazan ser irremediablemente comprometidos. ¿Cómo hacer saber, en efecto, a la novia, la causa verdadera del desvío si para su pudor ella implica una inmoralidad repulsiva y para su comprensión de mujer una infidelidad imperdonable?

Y, sin embargo, la alternativa debe ser resuelta sin vacilaciones de ninguna clase. O se es un hombre honrado o se es un bribón sin conducta, sin responsabilidad y sin conciencia.

*Retirar la palabra empeñada, y devolver la que se ha recibido.*—Tal es la única conducta observable y ella debe ser seguida ampliamente, sin restricciones egoístas ni promesas alentadoras que corren el riesgo de no poder ser cumplidas. El derecho de conquistar de nuevo el amor y el consentimiento de una novia que obligatoriamente se ha abandonado, existe sólo cuando mediante un tratamiento apropiado se ha puesto uno mismo en condiciones exigibles.

Todo lo otro que se pueda hacer, será siempre egoísta e inmoral.

3.º *La sífilis es contraída durante el matrimonio.*—Llevar la confesión de la propia desgracia a conocimiento de la esposa. No hay otro camino práctico ni honrado. No hay otro.

Tan difícil y tan amargo es, que parece imposible el seguirlo. ¡Cómo! ¿Confesar a la mujer a quien se debe un amor y una fidelidad exclusiva, que se ha faltado a ellos, y que el resultado de semejante falta obliga a una separación material o a la fatalidad de un contagio que comprometerá definitivamente el fin supremo del matrimonio, cual es la procreación de hijos sanos y vigorosos, y la salud de ella misma?

Debe tenerse, sin embargo, en cuenta que no queda otro camino a seguir, como lo hemos afirmado perentoriamente. En vano se trataría de buscar un subterfugio para ocultar la verdad o impedir el daño. Este se producirá irremisiblemente, salvo en el caso de que las relaciones sexuales sean interrumpidas en forma absoluta, y con ellas todos los contactos capaces de transmitir el contagio en la forma indicada repetidas veces.

Es necesario apoyarse en la propia ineludible obligación de decir la verdad y buscar en la inteligencia de la compañera el perdón o la comprensión a que obliga una noble franqueza. Ninguna actitud es más digna ni más respetable que la que aconsejamos para el caso.

¿Cuándo un sífilítico está en condiciones de casarse?—Lo dicho no significa, naturalmente, que el sífilítico está condenado a ser un paria social, imposibilitado para constituir un hogar y formar una familia. Tal afirmación implicaría reconocer la necesidad de suprimir el matrimonio mismo, tan grande es actualmente la proporción de infectados. Lo que debe sin duda exigirse es que se alcance un mínimo de probabilidades de ser dañoso para su propia mujer y sus propios hijos.

Los métodos modernos de tratamiento permiten, felizmente, este desiderátum, sobre todo después del descubrimiento del Salvarsán, realizado por el genio alemán Pablo Erlich, en diciembre de 1910. Mediante el empleo de este medicamento la sífilis puede ser hecha prácticamente inofensiva, siempre que él sea hecho en momento y en duración apropiada. Ya hemos dicho en otro sitio cómo durante las tres

o cuatro semanas que siguen al momento de la aparición del chancro, la infección puede aún ser completamente esterilizada en ciertos casos, pero sin reducirnos a ellos, cualquiera que sea el período de la sífilis en el cual se lo aplica, los resultados son siempre de primer orden.

Las indicaciones y la forma de administración son asuntos de exclusiva competencia profesional y no tienen por qué ser tratados en este momento. El enfermo debe tener sólo en cuenta la necesidad de entregarse lo más pronto posible al cuidado de un médico cuya competencia está fuera de toda discusión, y no cejar en su propósito de hacerse inofensivo, sino cuando el médico mismo comprometa su propia responsabilidad con una afirmación categórica.

No basta, en efecto, que los signos apreciables hayan desaparecido para considerarse curado. Sólo un criterio técnico estricto, basado en el examen directo del enfermo y en las reacciones realizadas por el laboratorio sobre sus humores, pueden dar la seguridad suficiente. Para evitar todo posible error y sus irreparables consecuencias en la familia, puede adoptarse como programa de acción el propuesto por Hoffmann, según el cual, *el matrimonio sólo será permitido al sífilítico después de haberse sometido a un tratamiento conveniente por el término de tres años consecutivos y siempre que en los dos años siguientes a su terminación no aparezcan nuevas manifestaciones, en cuyo caso todo deberá ser recommenzado.*

Cinco años son, pues, necesarios.

*El certificado médico.*—La solicitud de matrimonio hecha por un hombre al padre de una mujer, implica la seguridad tácita de estar en condiciones de realizarlo. El que no lo está comete una villanía y una falsedad. Si el solicitante no fuera creído por su tácita manifestación y se le exigiera la comprobación de su estado, consideraría seguramente como una ofensa tal desconfianza. Y bien, por caballerosidad y por decoro, tal comprobación debería ser ofrecida espontáneamente en todos los casos. De esta manera se contribuiría a solucionar las dificultades que ofrecen la aplicación de las resoluciones legales que han sido propuestas en todas las legislaciones actuales, sin que haya sido hasta la hora posible establecerlas definitivamente.

PROF. DR. CAMILO MUMIAGURRIA

## LIBROS NUEVOS

**La Gramática del Obrero**, por José Sánchez Rosa.—Cuando de este mismo autor apareció *La Aritmética del Obrero*, con la cual han aprendido muchos trabajadores valiosísimos conocimientos en la ciencia de los números sin malgastar tiempo inútilmente, pensamos, y así se lo manifestamos a Sánchez Rosa, con lo cual cábenos la intensa satisfacción de haber insinuado la formación de este nuevo libro, que hacía mucha falta una *Gramática del Obrero*, con el cual aprendieran asimismo los obreros a leer, pronunciar y escribir correctamente. Porque hay que darse cuenta que el obrero manual no puede desperdiciar los minutos que para educarse roba a su descanso, y la mayoría de las obras de texto dedicadas a la enseñanza, por no decir todas (y en esto no nos dejará mentir la Gramática de la Real Academia), parecen hechas expresamente para que con ellas se pierda la mayor cantidad de tiempo posible.

No obstante, hemos de confesar que abrigá-

bamos el temor de que no se pudiera encontrar un método, un sistema para presentar el estudio de la principal parte de la gramática, la ortografía, de forma sencilla y práctica, a la vez que concisa y certera. Sánchez Rosa ha sabido encontrar ese método, en forma que supera a cuanto podíamos imaginar. Está tan bien construída gradualmente esta *Gramática del Obrero*, tan comprensible, tan certera, tan fácil y sencillo su estudio, con ejemplos de una simplicidad tan meridiana y útil, que afirmamos desde ahora que el libro de Sánchez Rosa es la mejor gramática que hemos tenido en las manos. Técnicamente, si se entiende por ello hacer más complicado su estudio, sin duda que las hay a montones. Pero aquí no apreciamos las obras por el bulto, sino por su esencia, y ello, después de hojeada y ojeada (con *h*, pasando sus hojas, y sin *h*, pasando los ojos por sus páginas), nos obliga a ratificar nuestra anterior afirmación: la *Gramática del Obrero* es la mejor Gramática que hemos tenido en las manos, para enseñar a hablar, leer y escribir con toda corrección.

**Se ha puesto a la venta**

# Camino de Perfección

Por **CARLOS BRANDT**

Se trata de un valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor.—Precio, 2 pesetas.—Pedidos a esta Administración.


**Carta de América**


## Una crítica de la Teosofía

### II

Del paralelo aparecido en nuestro precedente artículo podemos ya deducir la diferencia existente entre el principio de la Teosofía y el de la ciencia moderna. Después de semejante exposición, hecha por personas poseyendo la cultura requerida para profundizar los diversos postulados de orden filosófico, parecerá algo audaz que un profano, sin títulos académicos y sin erudición, aborde un problema tan complejo y de tan lejana solución, siendo dado que la Teosofía se relativiza a todas las actividades de la humanidad.

Antes de ensayar a discutir debo decir que lo que en esta crítica me guía es el deseo de rebelión contra todo lo que significa sugestión popular. En efecto, yo estimo que el valor de las ideas debe poder ser probado, no en presencia de los susceptibles de aceptarlas sin discusión, sino de los capaces de ejercer serenamente su libre examen.

Desde el momento que se posee un criterio personal relativo, basado más sobre la intuición y la observación directa de la vida que en los conocimientos que contienen los libros y que sale de la boca de los sabios, la falta de estudios especializados no son un obstáculo que impidan el análisis de las cosas.

La Teosofía afirma que se discute más la forma que el fondo de las cuestiones; que los hombres se querellan más por palabras que por principios. Esta afirmación—que engloba a los hombres sinceros de todos los sistemas filosóficos o doctrinas religiosas—es en sí ya un equívoco, si no una simulación interesada. Todo cuanto de social nos rodeaándonos que los hombres—los ignorantes como los instruídos—luchan por la predominancia de sus ideas usando la fuerza y la astucia. Por algo quedó por proverbio la frase de Plauto: "El hombre es el lobo del hombre". La Fraternidad y el Amor

son los hábitos festivos con los que la crueldad se adorna para disfrazar sus rapaces instintos. Todas las teorías sociales inscriben sobre sus pendones el amor al prójimo, pero ninguna es capaz de realizarlo prácticamente. A esta bella divisa opónese principalmente la lucha de intereses antagónicos, batalla en la cual cada uno busca obtener su victoria. Predicar exclusivamente el amor es una cosa bella pero es incompleta. Comparando los elementos nosotros arribamos al conocimiento objetivo, y si distinguimos los matices por su contraste con la luz, de la misma forma no conocemos el amor más que por su contraste con el odio. Amamos porque odiamos y nuestro amor será mucho más firme y sincero cuando más profunda y fogosa la aversión que resintamos por quien nos desagrade sea. Es verdad que nuestros amores y nuestras aversiones no están siempre equilibradas porque los sentimientos—lo mismo que las ideas—no son más que grados de comprensión de la vida universal y del Cosmos.

Hablar de amor universal, es situar lo particular al rango de lo general y de lo definitivo; esto ofrece el mismo peligro que las pretendidas panaceas humanas. En el hombre existen odios naturales, repugnancias instintivas, y al escribir esto no olvido que el individuo social está tan alejado del hombre rodeado de todos los elementos naturales y en lucha con ellos para dominarlos, que es difícil—si no imposible—determinar la gama de sensaciones instintivas de la armonía natural. Al hacer alusión a los instintos, no podemos descuidar las modificaciones que sufren tanto por la influencia del medio donde se desarrollan que de las ideas que los determinan. La educación, o complejo de ideas éticas es un factor de una tan gran influencia, ella modifícase de tal manera por el hecho de las diferencias de raza, de clima y de situación social, que es imposible el dictar inflexibles reglas de conducta general. Tomando

en consideración las influencias más arriba señaladas, sin la pretensión de alcanzar la definición absoluta, nos acogeremos a la aversión instintiva, para presentarlo como ejemplo demostrativo de que el amor y el odio van casi siempre al par en las experiencias vitales.

El amor sexual, la atracción que une el elemento fecundante al elemento fecundado para la reproducción de la vida, obedece también a contrastes. Es según el refinamiento o grosería del individuo, según el tipo plástico que imaginariamente el ente humano se cree del sexo diferente, que se manifiesta la repugnancia natural tanto más intensa cuando el tipo que se presente más se aleje del modelo por nuestra mente construido. El hombre sano, relativamente normal, de cierta educación estética, como la mujer de misma especie, son atraídos por los cuerpos ágiles, de formas graciosas, de ritmo suave, al desnudo puro, sin artificios ni arreglos que algunas veces no logran más que hacer más evidentes los defectos que sinceramente repugnan... En esta selección natural, mezclada a un refinamiento ideológico, el instinto oscuro, modificado por la constante evolución, busca, a pesar de todo, la reproducción y supervivencia de los caracteres nobles y bellos...

Nos detendremos en otro orden de ideas que hace igualmente resaltar la asociación del amor y del odio en dos ideas que han suscitado y aun suscitarán encarnizadas luchas: la libertad y la tiranía.

Amamos tanto más la libertad cuanto más odiamos la tiranía; el brazo que se eleva para destruir el despotismo frecuentemente está armado de un intenso amor por la libertad.

Convengámonos en afirmar la necesidad de amar y odiar simultáneamente. Amar lo que nos exalta, lo que nos eleva, procurándonos el bienestar; odiar todo cuanto puede degradarnos y ser obstáculo por consiguiente a nuestra educación integral, a la plena manifestación de nuestras fuerzas latentes de superioridad.

Las ideas que acabamos de exponer tienen por objeto demostrar la inanidad del primer propósito de la Teosofía, el cual es *hacer de la humanidad un centro de fraternidad universal, sin distinción de creencias, casta, sexo, raza o color*. Esta intención es excelente para el interior de la Logia; pero conservando al exterior cada miembro o hermano, sus privilegios o sus

miserias, este principio está tachado de esterilidad social. La fraternidad efectiva no puede existir más que entre iguales, poseyendo los mismos intereses materiales o morales. Mientras estos intereses no sean comunes, los hombres continuarán siendo enemigos.

Etimológicamente la Teosofía es la ciencia divina. Pero los términos "dios, divinidad, divino" no tienen sentido científico. La Teosofía pretende explicar la divinidad y distingue para conseguirlo entre el exoterismo vulgar y el esoterismo iniciado. La vulgarización de ideas comprensibles a la mentalidad media es más interesante que el propagar las doctrinas secretas. La terminología religiosa es perniciosa al progreso real, científico que no se compone de ambigüedades, de equívocos o de reticencias. La ciencia no es patrimonio de los dioses sino de los humanos.

Como las demás doctrinas autoritarias, la Teosofía no vacila en emplear el vocablo anarquía en su sentido falso y vulgar o como sinónimo de desorden. Annie Besant ha caído en la misma actitud mental nada filosófica, pues no tiene en cuenta que el ideal que niega toda autoridad exterior al individuo, toda coacción de origen divino o humano, afirma al mismo tiempo las fuerzas superiores de la inteligencia. En efecto, ella deja al individuo la facultad de poder llegar a gobernarse él mismo destruyendo poco a poco en su fuero íntimo todo gusto por la autoridad, por esa autoridad que en la vida de relación se manifiesta por los diferentes grados de la tiranía y de la coerción. Del combate contra la autoridad resulta la existencia de un medio permanente, a la vez defensivo y ofensivo, contra los privilegios y las falsas reputaciones que hacen flagrante el fratricidio social.

La autoridad, la jerarquía, la disciplina han sido perennemente invocados por la Teosofía como elementos constructores; sabemos que socialmente ellas sirven para excusar la fuerza violenta, la imposición, que sean indiscutibles las leyes fundadas sobre la estulticia y mantenidas por los castigos, conjunto al cual le dan el nombre de base del derecho. Es cierto que paralelamente a todo este aparato coercitivo, han habido a través de los siglos espíritus refractarios a la sumisión. La historia de las vicisitudes de la humanidad está repleta de abusos del poder detrás del cual se manifiestan, no los

seres verdaderamente superiores, virtuosos y justos, sino individuos envueltos de oropeles, dotados de falsos atributos, carentes de todo escrúpulo, infatuados de la tonta vanidad de querer gobernar a los otros hombres según su estrecha mentalidad y una evidente injusticia. Si el esfuerzo de los sabios beneficia tanto a la evolución humana es porque no tienen costumbre de encaramarse a las alturas a que se complace elevarse la autoridad. ¡Cuántas reputaciones injustamente fundadas han terminado por ejercer la tiranía! El espectáculo de las jerarquías es el desfile a la vez trágico y ridículo de todos los tiranos y tiranuelos, de macabra memoria, que han ensangrentado la morada del hombre: la tierra.

La disciplina no se concibe de otra forma que como la violencia organizada, representada por el hombre armado y en último resorte por el verdugo, el suplicio y la ejecución capital.

Se me objetará quizás que la Teosofía no posee una concepción tan pérfida de la autoridad, de la jerarquía y de la disciplina. Quiero creerlos, pero en este caso ¿por qué no renuncia ella al empleo de términos arcaicos? La autoridad sustituyéndola por el conocimiento; las jerarquías, por los grados del saber, y reemplazamos la disciplina—que la escuela, el hogar, el trabajo y la vida social déjanos tan amargos recuerdos—por el método que nos guía en la penosa marcha de nuestra especie hacia la perfectibilidad siempre relativa, evitando los dolores físicos y los sufrimientos morales que tienen su origen en el medio social, sin preocupaciones metafísicas de orden secundario, pues si bien es cierto que *no sólo de pan vive el hombre*, no es menos verdad que éste es el elemento primordial de su existencia. No será malo el dirigir nuestras miradas al infinito, de esforzarnos en adquirir la doble vista que nos permitirá aproximarnos al gran arcano; pero si un tal esfuerzo suprasensible debe efectuarse en detrimento de necesidades perentorias de la materia, de quien la satisfacción normal hace hecho tan difícil por la desleal concurrencia social, entonces nuestro espíritu yérguese contra esta ilusión espiritualista que pretende hacer menos caso de la vida real que de la vida mental, retrasando así, de buena o de mala fe, la solución del temido problema social, solución a la cual no es posible arribar más que por la

verdadera justicia distributiva, consistente en la igualdad de deberes y derechos sociales y en la supresión del acaparamiento, fuente de la monstruosa explotación del hombre por el hombre, origen a su vez de los sangrientos e implacables conflictos en que se debaten todos los pueblos de la tierra que tanto envanécense de su civilización.

No negaremos la posible existencia de fuerzas desconocidas, energías sutiles que escapan a los sentidos ordinarios; pero construir sobre tal hipótesis una nueva doctrina mística, misteriosa, ocultista, con toda una jerarquía de iniciados, de instructores, de profetas y de semidioses sería continuar predicando la resignación a lo que se tiene por costumbre denominar bajos fondos sociales, el renuncio a su sed de inmediata justicia en compensación de las infamias seculares de que son ellos las eternas víctimas. "Que perezca el cuerpo con tal que el espíritu quede a salvo", es el evangelio o mensaje eterno de los metafísicos. Los teósofos saben ornar este *anuncio* de una abundante literatura religiosa y filosófica con la que procuran ocultar la sumisión del hombre a las órdenes de panaceas morales.

Todo y conservando presente al espíritu la complejidad del Cosmos, sin descuidar los estudios o meditaciones teniendo relación con el principio y finalidad humanos, no consentiremos jamás hacer abstracción de la aspiración, común y limitada si no igual al sabio que al ignorante, de satisfacer las necesidades fundamentales de la existencia, ya que sin ello no es posible llegar a una franca evolución espiritual.

"La salud del pueblo es la ley suprema." Esta ley debe reunir todas las categorías de hombres para la conservación y perfeccionamiento de la vida. Los teósofos no la niegan, pero sus excelentes deseos por ponerla en práctica no se aferran a nada tangible.

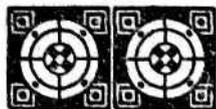
COSTA-ISCAR

(Traducción de F. Ocaña.)

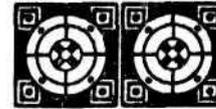
(Continuará.)

---

ERRATA.—A consecuencia de un error, el nombre del profesor citado por nuestro amigo Costa-Iscar ha sido desfigurado, debe leerse Jinarajadasa.



Una página maestra



## De la ilusión

Existía una mujer cuya inocente locura era creerse desposada y en víspera de contraer matrimonio. Por la mañana, al despertar, pedía un traje blanco, una corona de azahar, y sonriente, se engalanaba. "Hoy es cuando va a venir", decía. Llegaba la noche, apoderábase de ella gran tristeza, después de la inútil espera; entonces se quitaba el traje blanco. Pero al día siguiente, con el alba, volvía su confianza: "Es para hoy", decía, y pasaba los años en esta certidumbre, siempre engañada y viva siempre, no quitándose su traje de esperanza más que para volvérselo a poner.

La humanidad es como esta mujer, olvidadiza de toda decepción; espera uno y otro día la llegada de su ideal; hace probablemente cientos de siglos que dice: "Es para mañana"; cada generación viste, llegada su vez, el traje blanco. La fe es eterna, como la primavera y las flores.

Quizá existe en toda la Naturaleza, al menos en la naturaleza consciente e inteligente; acaso hace una infinidad de siglos, en alguna estrella convertida hoy en polvo, esperaban ya al místico desposado. La eternidad, de cualquier modo que se conciba, aparece como una decepción infinita. No importa; la fe cierra este infinito desesperante: entre los dos abismos del pasado y del porvenir, no cesa de sonreír a su ideal soñado; canta siempre el mismo canto de alegría y de excitación, que cree nuevo y que tantas veces se ha perdido ya sin encontrar eco; tiende siempre sus brazos hacia el ideal, más dulce cuanto más vago, y vuelve a colocar sobre su frente su corona de flores, sin advertir que con el transcurso de cien mil años se han marchitado.

Ha dicho Renán: "En la pirámide del bien, elevada por los esfuerzos sucesivos de los seres, todas las piedras entran en cuenta. El egipcio del tiempo de Chephrem existe todavía

por la piedra que ha colocado." ¿Dónde existe? En un desierto, en medio del cual su obra se alza sin objeto, tan vana en su enormidad como el menor de los granos de arena que constituyen su base. La "pirámide del bien", ¿tendrá la misma suerte? Nuestra tierra está perdida en el desierto de los cielos; nuestra misma humanidad está perdida sobre la tierra; nuestra acción individual está perdida en la humanidad. ¿Cómo unificar el esfuerzo universal, cómo concentrar hacia un mismo fin el irradiar infinito de la vida? Cada obra es aislada. Existe una infinidad de pirámides microscópicas, de cristalizaciones solitarias, de monumentos liliputienses que no pueden superponerse formando un todo. El hombre justo y el injusto, probablemente no pesan más el uno que el otro sobre el globo terrestre, que sigue su camino por el éter. Los particulares movimientos de su voluntad pueden repercutir sobre el conjunto de la Naturaleza, tanto como es capaz de refrescar mi frente el aleteo de un pájaro que vuela por encima de una nube. La célebre fórmula *ignorabimus* puede transformarse en esta: *illudemur*; la humanidad camina envuelta en el inviolable velo de sus ilusiones.

GUYAU

### LIBRO INTERESANTE

## PIO BAROJA

Por Francisco Pina

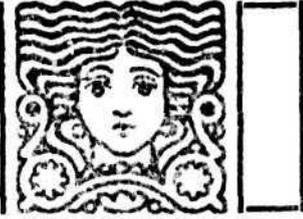
Estudio crítico-literario de la obra y la personalidad del genial novelista. — Precio, 3 ptas.  
De venta en esta Administración.

### Interesa a todo hombre estudioso

hacerse suscriptor de esta Revista, porque a pocos libros que adquiera le resultará la suscripción gratis.

Vea los descuentos con que favorecemos a nuestros corresponsales y suscriptores, en otra parte de este mismo número.

# EL CALVARIO



Yo no sé si lo que he sentido es un disgusto inmenso de vivir, una aversión profunda y sin nombre hacia todas las cosas y seres que me rodean y que existen en el mundo, o bien un sentimiento de amor infinitamente excesivo, una sensación de querer y de aprecio supremos, grandes, elevados, como nunca los había conocido en mí, mezquina cosa que se arrastra desde ha años por la superficie de la Tierra, insignificante juguete de la tempestuosa vida social que soy.

Hoy es la primera vez que verdaderamente me he visto a mí mismo; que he reído y he comprendido por qué, para qué y cuán grotesco era cuando me reía; he llorado, y, viéndome llorar, he concebido el gran merecimiento que me correspondía de hacerlo, el gran deber que tenía de verter lágrimas por mis ojos, percibiendo cómo ellas se formaban de mi sangre y de mi carne y cómo mi corazón se anegaba en sus dolores y se quedaba oprimido, exhausto casi de movimiento y de vida.

En mi conciencia he sentido como el peso de una responsabilidad insuperable; todos los seres que sufren, que gimen y que desesperan me ha parecido que se juntaban y que sus ojos, encendidos por la rabia y el dolor, se fijaban en mí, como si hubieran querido devorarme; como dardos que iban a caer sobre todo mi cuerpo, para en él clavarse sin remisión, haciéndome padecer hasta que en mi ser se extinguiera la palpitación y que el último suspiro se exhalara de mi inmundicia.

Sobre mí he sentido la terrible acusación de los males que aquejan a la desventurada humanidad; he sentido el reproche de mis impotencias y debilidades criminales; la lúgubre maldición de todas las almas en pena que, en brazos de la inocencia, echaban sobre mi personalidad despreciable, llena de estupideces y de insensatas vanidades; nido de ridículas necedades y ambiciosa de triunfos y glorias fantásticas; carroña infectada de hondas viciosidades y ostentadora de tantas excelentes virtudes.

He comprendido que nada soy, que nada represento, y, sin embargo, que soy desfachado y cruel. He comprendido que me ufano de saber cosas que sólo tienen un valor relativo, que nada es; que hipócritamente cultivo la mentira para engañar a la gente; que tengo avaricias, envidias; que guardo rencores y suspicacias; que soy torpe y ridículo, sin que a nadie le diga en confesión todo eso que hay en mí de miserable, todo eso que yo doy a la sociedad para que aún se corrompa más, todo eso que dejaré transmitido en el carácter de alguna nueva criatura, quizás.

Pensando en mis goces, en la expansión a que me lleva el fuego y la expansión de mis instintos, no puedo evitarme la sensación del disgusto, más que de la indiferencia, en esta hora de serenidad o de luz para mi alma. Parece que, al amar una cosa, siento necesariamente el desprecio por qué sé yo cuántas; y, sin embargo, ¿cómo dejar de amarla? Tendría que arrancarme el corazón, matarme a mí mismo para eximirme de ello. Pero esto, además de imposible, también me parece absurdo. Y ¿qué hacer? Cuando noto que mis ojos se detienen ante el aire de una mujer que pasa muy cerca de mí, que el perfume de su cuerpo me embriaga, que me rozan sus vestidos ligeros y flotantes y que con mi imaginación descubro todos los encantos que guarda, ¿cómo impedir el estremecimiento y la exaltación de todo mi ser? Y, sin embargo, una voz interior me dice: ¡Por tí, ella se embellece, se perfuma; por tí es reina y es pecadora; es frívola y es caprichosa; es gloria y es fango; es amor y es tragedia!...

Por ventura, ¿alguna vez ha caído en vuestras manos *El calvario*, este gran libro de Mirbeau?

Cogedlo y leedlo, si nunca lo habéis hecho. Podéis acometer el trabajo de estudiar en sus páginas y de penetrar en él hasta en sus más insignificantes palabras, seguros de que todas las fibras de vuestro ser sentirán el estremecimiento que produce el dolor que allí hay im-

preso. El es quien penetrará en vosotros, os cautivará, os conmoverá, quizás que hasta os habrá de martirizar, si tenéis el suficiente valor de seguirlo hasta el fin.

Yo he sentido como una explosión en mi espíritu, cuando todas mis facultades se han puesto en contacto con las vibraciones del relato mortificante que vive en la obra, y durante no sé cuánto tiempo he notado sobre mí como una necesidad imperiosa de descubrir ante los ojos de todo el mundo las profundas e indefinibles sensaciones que me produjera.

Hubiera querido revelarlas a la sociedad entera de los hombres; empuñar ese libro en mis manos y correr por todos los caminos de la vida, dando a entender que enarbolaba el estandarte de todas las verdades. Hubiera querido encontrar uno a uno a todos los seres, introducirme en todos los hogares, presentarme en todas las reuniones, en todos los pueblos y en todas las alturas, para hablarles del libro, de aquello que palpita en sus páginas, de aquella narración de tormentos, de aquel *calvario* que de la vida queda allí descrito, imborrable para siempre, eterno como la acusación de una fatalidad torturadora y cruel, que sin cesar, y todos los días, se desarrolla en este mundo infernal.

Hubiera querido hablar con la ingenuidad de la infancia y con la experiencia de la vejez. Confrontar la pasión y la compasión humanas. Reunir todas las tristezas con todas las alegrías. Graduar las vicisitudes y los ocios. La bondad y la malversidad de los corazones. Hubiera querido poder juntar los dos sexos en un abrazo interminable o separarlos inexorablemente por toda la eternidad. Hubiera imprecado a todas las divinidades por que establecieran la felicidad en la humanidad o que encendieran una guerra a muerte en todos los parajes del orbe; que convirtieran la tierra en uno y solo volcán de fuego y que redujera el mundo en átomos muertos esparcidos por los ámbitos infinitos de los espacios.

Pero solo con el libro en mi habitación, no he hecho más que sufrir por mi impotencia. Acrecentada cada vez más mi sensibilidad, invadida mi razón por incontables reflexiones, compenetrado mi espíritu de todas las amarguras y las crueldades que su lectura me ha hecho participar, numerosas veces he tenido que dejarlo, embargado por la impresión, y llorar

en el silencio, enrabiarme en la soledad hasta morder la ropa.

*El calvario* parece una confesión pública y sensacional, en donde se ve cómo el poder de las pasiones profundas, puestas en inmediato contraste, conducen, como inevitablemente, a la tragedia; pero, sobre todo, esa confesión parece tan digna de nosotros mismos, da la impresión de ser revelaciones tan íntimas, confidencias tan sinceras y humanas, que por nuestra propia inclinación a la mentira, a la avaricia y a la frivolidad, se siente uno verdaderamente avergonzado.

SAKUNTALA



Se ha puesto a la venta

## REJAS ADENTRO

Formidable novela social y psicológica  
de

**RAMÓN MAGRE**

Un tomo de 208 páginas, con cubierta a tres tintas, **2 pesetas.**

Pedidos mayores de dos ejemplares, el 25 por 100 de descuento.

**EDITORIAL VÉRTICE**

Entenza, 98. — BARCELONA

Se sirven ejemplares por mediación de ESTUDIOS, Apartado 158, Valencia.



LECTOR: Piensa que estas páginas pueden desaparecer por falta de un pequeño esfuerzo por tu parte, por parte de todos, por no adquirir uno de los numerosos y buenos libros que anuncia en sus cubiertas, con el cual se eliminaría el déficit que constituye el lastre que dificulta su labor. ¡Pídanos un libro, el que le interese, con el cual nutrirá su inteligencia y habrá hecho desaparecer ese peligro!

## RÉPLICA

**El pensamiento y el sentimiento**

He leído en las páginas de esta Revista un breve artículo que firma el inteligente doctor y camarada Isaac Puente, en el cual se defiende una tesis, a juicio mío, carente de exactitud. Suponiendo que se me concederá el margen adecuado para exponer las razones que me apoyan para impugnar dicho artículo, espero que el culto doctor dará una justa interpretación al sentido de estas líneas, exentas de erudición y de vuelos científicos, y que no tienen la pretensión de asentar base a una discusión de la trascendencia del tema que las determina. En primer lugar, por la propia concisión del artículo de Isaac Puente. Y en segundo, porque no es mi deseo entablar dicha discusión.

El articulista reconoce la estrecha relación que preside en el todo individual el pensar y el sentir del hombre, aceptando la dependencia recíproca de estas dos manifestaciones anímicas afirmando además, que en la esfera colectiva "son de resultados casi del todo opuestos". Isaac Puente viene a decir, en síntesis, que la educación y el ambiente, las costumbres, hábitos y creencias, trascienden más "en los pensamientos que en el modo de sentir", resumiendo toda la sustancia de su idea en esta afirmación: "Nada une más que la identidad en el sentir, como nada separa más implacablemente que la disparidad en las ideas".

De la mano de esta afirmación, y de conclusión en conclusión, no sólo se niega el valor de las ideas en cuanto a factores fundamentales del progreso social, ético, económico e intelectual, sino que se desfigura todo el proceso evolutivo de la humanidad. Y es que parte de un error de principio, al rechazar en el plano colectivo la interdependencia de los sentimientos y de las ideas. El sentimiento y la idea es indivisible en el alma humana, y las grandes formaciones de ideas, religiosas, filosóficas o políticas, se originan por la conjunción de esas dos potencias, reguladoras e impulsoras de

todo progreso. ¿En el individuo solamente? Primero sí. Pero el individuo no es un ser independiente en absoluto; depende del conjunto social, y en la vida de relación, no sólo recibe las influencias externas (educación, ambiente, costumbres, lucha de intereses y de ideas), sino que a su vez refleja "su manera de sentir con pensamientos y actos" en el medio social.

Ciertamente que la capacidad del sentimiento es inspiradora de cordialidades. Pero no es menos inspiradora de ideas, y éstas actúan en la lucha con más eficacia que los propios sentimientos. Porque el sentimiento ¿qué virtud puede tener cuando no inspira una idea, y, sobre todo, una idea política? No se negará que la sensación se diferencia de la emoción por los grados de animalidad que contiene la primera. Sentir es una facultad que asciende en razón inversa a la elevación de los seres en la rama animal. Por el contrario, la emotividad, que implica mayor presencia de ideas y de vitalidad anímica, es privilegio de los animales mamíferos superiores. Porque hay error en creer que el sentimiento tiene sólo una parte positiva. No existe exclusivismo en la manera de sentir, sino muy al contrario. El sentimiento de amor es una fuerza en cuanto tiende a conservar la especie, y sólo en la esfera sexual. Lo demás no es amor, sino afinidades múltiples, que unas veces nacen de las ideas y otras de los propios intereses.

La tesis de Isaac Puente sería defendible, siempre que se pudiera demostrar que el origen de la vida humana fué un amanecer paradisíaco. Es decir, que el hombre se encontró en la tierra desde un principio con su actual textura moral, psíquica e intelectual, y cuya pureza de sentimientos inspiraba la elevada moral del amor a sus semejantes. Pero nada más lejos de ese sueño. Precisamente la evolución de la Humanidad nos demuestra todo lo contrario. En las distintas edades que han precedido a

nuestra época, siempre se halló al hombre más distanciado entre sí que lo está hoy. ¿Y acaso no han sido la idea y el progreso material del mundo lo que determina nuestra situación favorable?

Falta sólo abordar el magno problema de las complejidades que se desprenden de ese progreso que ha tenido por base las más encarnizadas guerras y las luchas más titánicas por

el predominio de las grandes formaciones de ideas. Ello no es el objeto de esta breve réplica, que no puede exceder en extensión al trabajo que la motiva. Pero sí diré, para terminar, que todo ello descansa sobre el principio de unidad que preside el natural desenvolvimiento de la Humanidad, al cual colaboran en estrecha relación la capacidad del sentimiento y de la idea.

NOY



*En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.*

**Anissia**, por León Tolstoi.—*Anissia* es la historia de una hija del pueblo. Historia de un descarnado realismo y de un patetismo sin ejemplo, rara vez logrado tan cumplidamente, en la cual vibra todo el dolor y toda la resignación angustiosa del pueblo ruso, o más propiamente dicho, de la mujer del pueblo de la Rusia de los zares, sierva de siervos, bestia de labor, instrumento de placer y ludibrio, carne doliente.

La narración, sencilísima, sin rebuscados efectismos, plena de emotividad, de *Anissia*, tiene, como documento humano, un valor imponderable. A través de ella se siente palpitar el tremendo dolor de una humanidad infeliz que sólo halla espinas en su camino y que únicamente tiene ojos para llorar sus desdichas y alientos para soportar sinsabores. Con una sencillez sin par, la desdichada *Anissia*, alma henchida de amor y dulce resignación, nos va contando la intensa tragedia de su vida, toda amargas y lágrimas. Y nos conmueve más profundamente por cuanto sus palabras no sólo llevan el acento inconfundible de la verdad, de la cosa vivida, sino que al mismo tiempo son el fiel trasunto de cuanto sucede a todas las mujeres del pueblo bajo todos los climas, en la época que alcanzamos.

Es imposible olvidar este libro obsesionante, una vez leído. El sabor, el pozo amargo que

deja en el espíritu del lector sensible, nada puede neutralizarlo. Uno siéntese acuciado por el ansia de prodigarse, de invertir todos los momentos de su existencia en hacer imposible la producción de los horrores que el libro nos cuenta, en hacer llevadera y feliz la vida ingrata de tantas *Anissias* como, por desgracia, alientan sobre el haz de la tierra. Se considera uno culpable en cierto modo de que tales abominaciones puedan prosperar y hasta pretendemos hacernos la ilusión de que todo ello es invención del escritor, que ha exagerado la nota en su afán de servirnos una novela emocionante...

Sólo que ahí está la obra con su sencillez expresiva y con su sello de verdad indudable, y ahí está la vida con su brutal realismo para hacernos ver que no es invención ni cosa que lo parezca, sino un trozo de realidad viva y palpitante. No se puede inventar una cosa tan perfecta y tan simple a la vez. Obras de esta factura sólo pueden escribirse después de haberlas vivido.

Nada falta en *Anissia*. Es la historia del pueblo, con sus virtudes y vicios, sus miserias y dolores, su ignorancia y su nobleza. La misma desnudez con que está escrita es un valioso galardón, ya que, si su parecido exacto con el original, puede despertar rencores en el alma del pueblo, también puede inspirarnos un sen-

tido nuevo de la vida e impulsarnos a proceder noblemente, a desvelarnos para que el individuo pueda situarse en la sociedad de manera que las causas del dolor que nos aqueja se atenúen o desaparezcan.

**Anga**, por Samuel D. Stresov.—*Anga* es el relato impresionante de la vida agitada y dolorosa, plena de esfuerzos, sufrimientos y miserias, de un hijo del pueblo.

Con una sencillez elemental, sin hacer frases, sin cuidarse de afiligranar el estilo, Stresov ha logrado servirnos en esta obra, de filiación rusa, una narración extraordinaria por su vigor, su verismo y su fuerza emotiva.

A través del libro vemos resucitar aquellas famosas *razzias* que cubrieron de ignominia al imperio turco y dejaron en los campos, ciudades y aldeas de Albania y Rumanía, allá por los comienzos del siglo actual, lagos de sangre, montones de escombros humeantes, millares de cuerpos de hombres, mujeres y niños horriblemente mutilados, huellas odiosas del feroz fanatismo de las hordas de jenizaros que envió el gobierno de la Sublime Puerta a *pacificar* a los campesinos albaneses y rumanos que alzaron al grito de libertad e independencia y que a tan alto precio pagaron su noble gesta.

Después de esta evocación hecha de mano maestra, viene una visión relámpago de la Gran Guerra, para seguir inmediatamente el relato de la vida del emigrante en las ciudades, en las pampas, en las selvas y en los bosques vírgenes de América.

Es un cuadro desolador, escalofriante, de la existencia horrible del moderno esclavo, esta etapa del libro de Stresov. No es posible leer esta narración sin que nos subleve de indignación la injusticia que azota despiadadamente el torso desnudo del paria del trabajo. Poco a poco, la implacable realidad va matando en su alma toda ilusión y toda esperanza. Los cuerpos depauperados por la miseria y minados por el vicio, que se encorvan sobre la tierra y crean continuamente en una labor infatigable cuanto es necesario para embellecer y hacer amable la vida, no tardan en bestializarse, en perder todo sentimiento de dignidad humana, en escupir a la faz de la Vida manchándola de impurezas.

*Anga* es uno de esos libros que dejan una impresión imborrable. Resalta en todo él, no

sólo la belleza sugerente del ambiente en que sucesivamente va viviendo el personaje centro, sino también la existencia ignominiosa de bestia de carga que arrastra el proletario. Si como obra de arte se le pueden poner algunos reparos, como documento humano tiene un valor señalado y duradero.

H. NOJA RUIZ

**El suicidio del príncipe Ariel**, por José Ant. Balbontín.—Editorial Historia Nueva. Madrid.—Ariel, príncipe heredero de la corona del imperio de la Isla del Sol, tiene la virtud de pensar y sentir por cuenta propia. Ama la verdad y la justicia y no puede soportar el ambiente de la Corte, cuyas injusticias y mentiras reprueba desde el fondo de su conciencia. Enamorado de una mujer humilde, sostiene con ella relaciones íntimas de las cuales nace un hijo que colma la dicha del príncipe. El desea casarse con la elegida, a lo que su padre, el emperador, se opone enérgicamente en nombre de la razón de estado. Para disuadir al príncipe de su idea, le envía a la guerra que en Peñablanca tiene emprendida la Isla del Sol, y durante su ausencia se hace desaparecer misteriosamente a la amada y al hijo, lo que da por resultado que Ariel huya del hogar paterno, se confunda con el pueblo y se haga anarquista. A partir de este momento, toda la obra gira alrededor de la lucha que en el alma del príncipe se entabla entre su ternura filial y su ideología, lucha que culmina en el suicidio del joven.

Tal la obra.

Los caracteres están bien dibujados y la trama bien urdida. Esto unido a la sencilla elegancia del estilo, nos anima a suponer que al joven Balbontín le esperan señalados triunfos en este difícil arte.

**Paidoterapia**.—Interesantísimo el número 84 de esta revista, en el que aparecen trabajos de los doctores Poelchán, Proubasta, Roca, Puig y otros que acreditan el valor creciente de esta publicación.

**Vida Marítima**.—Revista de navegación y comercio, marina militar, deportes náuticos, pesquerías e industrias del mar.—Zurbano, 8, Madrid.

**El heraldo de las siete catilina-**

**rias**, por Juan Montalvo.—Pequeña Biblioteca ecuatoriana. Ambato (Ecuador).—En este librito puede saborear el lector una muestra del estilo vigoroso del Montalvo panfletario que tan alto rayó en vida como prosista, pensador y libelista. Todo el libro vibra, se estremece y ríe, animado por el gran espíritu que lo concibió, y revela la grandeza del rebelde indómito, eterno perseguido y luchador infatigable, que fué Juan Montalvo.

La edición de este librito es otro acierto que debe anotarse en el *Haber de Dilettante*, director de "La pequeña biblioteca ecuatoriana".

**Orto**.—Revista de difusión cultural. Manzanillo (Cuba).—Tenemos a la vista los números 4 y 5 de esta publicación, que por su orientación y por su contenido nos han causado muy grata impresión. Reciban sus redactores nuestra más cordial enhorabuena.

**La Gaceta rosarina**.—Excelente el número 50 de esta revista, dedicado en buena parte a la conmemoración del 9 de Julio de 1816, fecha en que, como es sabido, se proclamó la independencia de la Argentina en el célebre congreso de Tucumán.

Avaloran sus páginas, además, interesantes trabajos de Coelho Netto, Carlos Roxlo, H. D. Nomberg y otros.

De la Editorial "Somo", de Barcelona, hemos recibido **Las bases fundamentales del naturismo medicinal**, por el Dr. Nennens; **¿Individualismo o comunismo?**, por Max Nettlau; y **Maternidad consciente**, por M. Devaldés.

El solo enunciado de títulos y autores de estos folletos basta para darse cuenta de la excelencia de su contenido.

**Elevación**.—Revista ecléctica mensual, de arte, ciencia y sociología. Buenos Aires.—No es esta una publicación más. Trae un ideario perfectamente definido y un propósito a cumplir: el de elevar el nivel cultural del hombre. El número 2, que tenemos a la vista, llena cumplidamente este propósito. Creemos innecesario decir nada más.

**La Rinada**.—Muy notable el número extraordinario con que inicia su tercer año de vida esta publicación que tiene su sede en

Mora del Ebro. Tanto por su presentación como por su contenido, es digna de todo encomio.

**Plebe**.—Versos de Germán List Arzubide. Puebla (México).—Una colección de poemas de rebeldía en los cuales el autor hace galas de su facilidad en la versificación y de la nobleza de sus ideales. Gritos de protesta, clarinadas vibrantes, voces de esperanza y aliento.

Tal es, en resumen, el contenido de *Plebe*.

**Intuición**.—Revista de ideas, sociología y crítica. Nueva York.—Hemos recibido el número 2 de esta revista que edita un grupo de entusiastas camaradas. Por su sana orientación y alteza de miras, esperamos ocupará un lugar preferente entre las publicaciones similares llenando la misión para la cual fué creada. Reciba el simpático colega nuestra enhorabuena.



ACABA DE APARECER

## ANISSIA

Por León Tolstoi

La histórica narración de Anissia, la campesina rusa que apura hasta las heces toda la amargura de una vida llena de sufrimientos físicos y morales, atrae al lector desde las primeras líneas, haciéndole vivir horas de intensa emoción y de angustia. Mucho tiempo después de haber cerrado esta obra, se siente vibrar todavía el alma bajo la impresión de la trágica realidad que en ella se ofrece con toda su sangrante y cruel desnudez, que hace imposible leerla sin sentirse profundamente conmovido.

Con ser mucha la fantasía del genial escritor, que en este caso sólo ha vestido con su ropaje literario, pulcro y ameno, el relato de una existencia azarosa, no hubiera podido, según él mismo afirma, superar en emoción e interés la novela palpitante, vívida de Anissia, llena de amargos sinsabores que revelan, desde el punto de vista psicológico y social, cuán absurdos y crueles eran las costumbres y los prejuicios de la vieja Rusia.

Un libro que una vez leído guardará en sus páginas el corazón del lector, pues ninguna otra novela podría tener tan poderoso atractivo, tanta penetración, tanta realidad.

De esta obra, jamás publicada en español hasta ahora, se ha hecho una reducida tirada para satisfacer las ansias de los lectores de ESTUDIOS, que vieron interrumpida, contra nuestro deseo, su publicación en las páginas de esta Revista.

**Precio, 3 pesetas.** - A corresponsales y suscriptores, el 25 por 100 de descuento.

Pídala hoy mismo, antes que se agote la edición.

SELECCIÓN LITERARIA

**La Novela Mensual de ESTUDIOS****LA TRAGEDIA DE DON ZENÓN****Por Ramón Magre**

Un ilustre escritor de espíritu tolstoiano, mi muy admirado Antonio Zozaya, dijo, y lo dijo estupendamente bien, que todos los niños son inteligentes hasta que el padre o el maestro toman a su cargo la tarea de embrutecerlos.

Para ser padre basta tener un rato de buen humor y una hembra que, pasiva y complaciente, quiera adoptar la posición a que la condenó el faunescos y cafetero Balzac; posición que, según nos dijo luego el terror de los suaves feministas con reloj de pulsera, Vargas Vila, es la única de la mujer: la horizontal.

Si para ser padre hace falta esto, para ser bruto hace falta ser padre.

Arrodillándonos caballerosamente a los pies limpios de la señora Verdad, no diremos tácitamente que don Zenón era un bruto.

En su juventud, don Zenón era un hidrofóbico partidario de Lerroux—un joven bárbaro—, y como no era más que un simple empleado de Banca, que a la primera decena de cada mes andaba con los bolsillos en plena noche y bajo cero, iba a toda velocidad a la busca y captura de algún empleo providencial, cuyo proveedor especial es el atonelado esquilador del Paralelo.

Después de filigranear lo indecible, el empleo vino, gallardamente acompañado de un *don*. Era un alto empleo en el Ayuntamiento. No se sabía a ciencia cierta qué es lo que hacía en aquella comedora descomunal; sus amigos decían: “No sé qué hace en el Ayuntamiento; pero gana mucho dinero.”

Efectivamente, era así.

Pronto don Zenón compró una linda torre en San Gervasio, la amuebló lujosamente, y se casó. Se casó a la manera aristocrática, en la parroquia de la Bonanova. Estaba enamorado de su mujer, una criatura frívola, acinemada, aññada, bella y elegantísima, absolutamente inútil, pero deliciosa, con unos ojos trastornadores y unos labios dignos de modelar para el pincel magnífico de Eufurión...

No diremos nada más acerca de ella, para evitar que algún microbio desprendido del cuerpo de Don Juan pueda echar por tierra el ardiente sueño de don Zenón, que consiste en que su mujer le sea eternamente fiel.

Don Zenón se hizo un buen ciudadano, discreto y recatado, partidario decidido del orden español—que hay orden español, como paz varsovia—, a quien el estallido inocente de una traca pacífica producía conmoción cerebral y ataques cardíacos, y le invadía de un miedo cerval a que el médico le condenara a ser vegetariano, que es la mayor desgracia que puede acontecer a un radical de porvenir, a excepción de la proclamación de la república.

Esto no era óbice para que en su despacho tuviera una bandera republicana de grandes cordones y dimensiones. Como que vivía en Barcelona, ganaba más de diez pesetas diarias y era poseedor de un gran miedo, se hizo cifra del somatén.

Su deseo mayor era tener un hijo. Soñaba hacerlo un hombre fuerte, robusto, viril...  
Y tuvo un hijo.

\* \* \*

Don Zenón es un hombre entrado en años. La mayor parte de las horas las pasa en el jardín con su hijo, de diez años. Tiene una calva honorable y homérica, que brilla bajo el sol como una bola de billar. Su cara tiene esta gravedad forzada de todo político, y su vientre, terriblemente desarrollado, delata claramente que hace tiempo es concejal.

Como es ateo, para que lo sepan los demás, enseña a su hijo a blasfemar contra el buen dios que tuvo el buen humor de construir el mundo en seis días de vacaciones...

Esto le hace gracia. Se la hace también ver fumar y beber hasta ponerse alegrillo a su hijo. Cuando esto ocurre, se dice:

"Será un hombre fuerte, viril... ¡todo un hombre!"

Don Zenón y su mujer viven en perpetua soledad de dos en compañía. Viven bajo el mismo techo; pero desde hace seis años su vida matrimonial ha perdido todos sus encantos a la visión perenne del cadáver de su amor muerto. Para un minúsculo psicólogo que les hubiera visto del brazo al salir de la iglesia el día del casamiento, ella tan frívola, tan fina, y él tan moralmente lerrouxista y tan plebeyo, habría previsto este final desastroso, desastroso como matrimonial que es.

Un día supo que su mujer pertenecía a la Asociación de Protectores de Animales y Plantas, y el jardín de su casa vióse a los dos días animado por una treintena de jaulas de canarios y pinzones, que ahorraron a don Zenón la adquisición de un aparato de radiotelefonía, con el cual quería llamar el sueño, desde que agotó las producciones de Ricardo León y Zamacoís...

Don Zenón tembló por sí a su mujer, en un arranque de sensiblería, le tomaba el pulso la fiebre vegetariana. Respiró. Los palomos inocentes, bien cebados, dorados y olorosos, continuaron visitando la mesa casi todos los almuerzos.

Más tarde, la preocupación de la mujer del concejal fué asistir a fiestas aristocráticas, preparar veladas benéficas, fiestas de la flor, y mil tonterías más que hay para echar el cebo y facilitar la agobiada digestión...

Todo esto no preocupaba al orondo don Zenón. Lo esencialmente importante para él era hacer de su hijo un hombre fuerte y viril. Ochocentista del honor, aseguraba, al despotricar sobre el asunto, que haría un disparate si su mujer le engañara algún día.

La honra de su mujer a toda costa y la hombría de su hijo eran una especie de genialidad que se imponía.

Un día, el niño, después de fumar una porción de cigarrillos, *como los hombres*, tuvo una fuerte hemorragia de sangre por la nariz.

Se llamó al médico, que don Zenón no era socrático en esto de los médicos.

Este, después de examinar al niño con el detenimiento que requiere el hijo de un concejal, meneó la cabeza y se mordió el labio inferior.

—¡Hum! Mi querido don Zenón, je, je, je, creo que esto no será nada... Este organismo, sin embargo...

Don Zenón callaba desesperadamente.

—Sí... este organismo está muy mal... ¿Conque dice usted que el niño bebe y fuma? ¡Je, je, je!

—¡Ya lo creo! ¡¡Como un hombre!!—contestó orgulloso don Zenón.

—¡Como un hombre! Je, je, je...

Y sonriendo y golpeando la espalda del padre, continuó con su vocecilla meliflua:

—Esto es un veneno, don Zenón. Esto quebranta los organismos infantiles y les acarrea infinidad de enfermedades, como circulación desordenada de la sangre, palpitations, malas digestiones, derrames de sangre por la nariz, desvelos, gangrena de las membranas mucosas, el cáncer, la tuberculosis... Sí, un veneno... ¡Je, je, je!

—¿Todo esto es verdad?—exclamó don Zenón con cara de burgués robado—. ¡Dios mío!

—¡Ya lo creo! Pero no se asuste usted... je, je, je... el niño no pelagra con sólo prohibirle fumar...

Luego, encendiendo un "Romeo y Julieta", con optimismo, continuó, despidiéndose:

—No lo olvide usted... El tabaco es uno de los venenos más terribles que ingiere el hombre. Je, je, je.

Y lanzó al aire una bocanada de humo parecido al de una máquina de tren.

Dos días después el niño abandonó el lecho. El padre había buscado en los anuncios de los periódicos y en esto que el humorismo de las gentes llama *revistas ilustradas*, reconstituyentes de estos que curan todos los males del pasado, del presente y del porvenir; una especie de reconstituyente-redentor. Sobre el *bufet* había diez o doce botellas de estas milagrosas aun con sus cápsulas immaculadas.

El niño rabiaba por no poder fumar. Un día, a pesar de todo, don Zenón vió fumar al niño, y sin mediar palabra, empezó a pegarle brutalmente, recordando sus tiempos de joven bárbaro.

El niño, irascible ya de sí, empezó a blasfemar, a gritar y a patear.

—¡Yo quiero fumar! ¡Yo quiero fumar!

—¡Pobre de ti que te vea fumar!

—¡Fumaré! Si no por que me enseñabas, ¡animal, imbécil!

Después de pegarle se arrepentía, y o se echaba a llorar o le daba doble dosis de reconstituyente reparador.

El niño ignoraba que el tabaco podía matarle, y aunque le hacía mal, esto lo sabía el padre, y bastaba. "La letra con sangre entra". Yo conocí otro don Zenón: mi maestro de escuela.

\* \* \*

Un día, un amigo de don Zenón fué invitado a comer. Mientras esperaban a la dueña de la casa, el invitado—que no la conocía—y el niño paseaban por el jardín. Don Zenón leía un artículo suyo que publicaba *El Progreso*.

De repente, paró un auto ante la verja. De él se apeó una bella mujer, sonriente y elegantísima.

Andrés, el invitado, quedó boquiabierto y corrió hacia ella.

—¡Cómo! ¿Tú aquí, Carolina?—exclamó.

Don Zenón se acercó grave, quitándose los lentes.

—No, Andrés; te equivocas sin duda: se llama Carmen, es mi mujer.

—¡¡¡Ah!!! Señora...—se inclinó profundamente y estrechó, tímido, la mano fragante y enguantada que le ofrecía Carmen.

—El amigo Andrés Arnau—presentó don Zenón.

—Tanto gusto... — balbució ella, pálida y trasmutada.

La comida trascurrió tranquila en medio una tempestad de almas, disimulada por frases discretas y amenizada por un sinfín de sonrisas hipócritas que querían ocultar la inquietud de aquellas tres almas.

Luego de haber comido, los hombres pasaron al jardín a tomar su café.

Don Zenón, después de encender su cigarro, abordó a su amigo:

—¿Qué Carolina es la que has confundido con mi mujer?

Andrés pulsó la gravedad del momento.

—A primera vista la confundí... Creí que se trataba de la mujer de otro amigo... perteneciente también a la *protectora* de animales y plantas... ¡Tiene tan raro parecido!

Don Zenón le dirigió una mirada inquisitiva y escrutadora.

Luego, repantigándose en el asiento y viendo volar las pequeñas espirales de humo de los cigarros, pensó:

"Después de todo, ella no se llama Carolina."

Y se tranquilizó.

A la mañana siguiente, estando en su despacho del Ayuntamiento, don Zenón recibió un breve anónimo escrito a máquina. Decía:

“Señor: Mi primer deber es lamentar su desgracia, y mi segundo ponerle al corriente de lo que pasa. No se lo tome usted por lo trágico, y no la mate, porque ninguna mujer es digna de una bala de revólver. Usted, empero, es menos desgraciado que yo, porque mi mujer, cuando me engañó—hoy es muerta, pues a la muerte es a lo único que la mujer no puede engañar—, lo hizo con un solo hombre, lo que me demuestra que le amaba más que a mí, y la suya es la amante de muchos, pues todos los días visita la casa de citas de la calle de Aribau, núm. ..., de la cual, con perdón de usted, soy asiduo cliente. El hecho de entregarse a muchos hombres demuestra que no tiene preferencia por ninguno.

Es usted, por lo tanto, dentro de la desgracia, un hombre afortunado.

Le aprecia su amigo y correligionario, R.”

Este anónimo produjo a don Zenón un efecto desastroso. Se levantó amenazador y golpeó terriblemente la mesa. Luego le vacilaron las piernas, y cayó abatido en el asiento, rompiendo a llorar amargamente.

Pasada la primera crisis, ya más calmado, lanzó el más terrible juramento.

—¡¡¡La mataré!!!

Después, como que no había leído a Vargas Vila ni a Mereshkovski, se dijo:

—“No; vale más que me mate yo. Soy un fracasado en la vida, un hombre sin honor... Mis dos grandes sueños han muerto. ¡Ni hijo fuerte y viril, ni mujer honrada! ¡Nada!”

\* \* \*

Aquella tarde, cuando acudía a una de las reuniones aristocráticas, don Zenón siguió a su mujer. Al convencerse plenamente de que el anónimo decía la verdad, se ratificó en la idea de morir.

—“Este amigo anónimo tiene razón. Una mujer no vale ni una bala de revólver”—reflexionó.

A la tarde del día siguiente Carmen y Andrés se vieron en la casa de citas de la calle Aribau.

—¿Qué pasó entre vosotros, mi querida Carmen, digo, Carolina?—la abordó él, estrechándole la mano—. ¡Qué sorpresa la mía al reconocerte!

—¡Y la mía!—dijo ella encendiendo un cigarrillo egipcio.

—¡Tú la mujercita de un hombre tan estúpido!

—¡Ay! ¡A veces una no sabe lo que hace!

—¿Sospecha algo él?

—¡Ay, monín! Preveo una catástrofe. Ayer se encerró todo el día en su despacho. Por la noche miró fijamente la cara del niño, y gruñó: “¡Hum! Esta cara... ¡Sí, será lo mejor decidirse...!”

—¿Qué piensas hacer, Carol?—le preguntó Andrés, acariciándole la blonda cabellera—. No vuelvas con él...

—Temo que me matará... Pero quiero ir...—contestó ella, mirando volar el hilillo de humo de su cigarrillo.

Por la noche, al llegar a casa, Carmen se sorprendió de no ver a su marido.

El niño, echado sobre un sofá, lloraba rabiosamente. El padre le había visto fumar y le había pegado más brutalmente que nunca; después se encerró en su despacho. Cuando la sirvienta fué a avisar al señor que la comida estaba servida, lanzó un chillido horrísono.

—¿Qué pasa?—preguntó Carmen.

—¡Oh, señora!

Carmen entró en el despacho. Don Zenón colgaba del techo, como un jamón enorme. Se había ahorcado con los cordones de la bandera, que había atado a la cañería de la calefacción. A su lado había una escalera cómplice.

—¡Qué estupidez, ahorcarse de manera tan antiestética! — Hizo un gesto de repugnancia y continuó—: ¡Siempre ha sido un hombre de mal gusto!

\* \* \*

Poco después Andrés recibió una carta perfumada de Carmen. Le decía:

“¿Sabes? Se ha ahorcado. Siempre ha sido un hombre plebeyo y grosero, hasta en esto. Tú sabrás justificar mi conducta ante un hombre semejante. ¡Figúrate si es estúpido: ahorcarse teniendo en el cajón del escritorio una pistola “Star” *dernier cri* y permiso de arma! ¡Hay hombres que no valen ni un tiro!

Eres el preferido de tu, *Carolina*.”

\* \* \*

Diez minutos después Andrés estaba en la estación de Francia.

Al primer tren que salió tomó un billete para cualquier parte... ¿Qué importaba dónde?...

FIN

## El Congreso de la Estrella en Holanda

### Krishnamurti disuelve la Orden de la Estrella

Se acaba de celebrar el VIII Congreso Internacional de la Orden de la Estrella, presidido por el joven indo Krishnamurti, quien desde hace tres años viene dando sus enseñanzas como instructor del mundo.

Asistieron al Congreso la señora Besant y unos 3.000 representantes de 42 países diferentes.

Como es sabido, se celebra este original Congreso en los bosques de Eerde, en Ommen (Holanda). Visitaron el campamento unas 2.000 personas que vinieron a pasar aquí el día y a oír la anunciada conferencia de Krishnamurti, que fué radiada a Europa.

La originalidad de las ideas de Krishnamurti ha quedado de manifiesto durante estos últimos tres años. En todos los aspectos de la vida ha roto con los antiguos moldes de prejuicios y supersticiones que, desde su punto de vista, aprisionaban la conciencia del hombre.

Toda la enseñanza de Krishnamurti tiende a exaltar al individuo, a despertar su inteligencia y su afán de progresar por sus propios medios, de purificarse y perfeccionarse sin necesidad de mediadores de ningún género ni de autoridad externa de ninguna clase, a hacer, en fin, hombres verdaderamente libres, pues entiende que sólo de este modo puede encontrarse la felicidad suprema y permanente, la verdadera liberación. Afirma que las creencias, religiones, dogmas y teorías sólo son "muletas" que nos ayudan a andar, pero que debemos prescindir de ellas si queremos que nuestras piernas se fortalezcan. Por eso insiste en que él no ha venido a fundar ninguna religión, ni permitirá mientras viva que se cree un culto a su alrededor, pues todas las religiones adolecen de un grave defecto, y es que obligan a los hombres a aceptar la autoridad de otro.

Como Buda y como Cristo, afirma que el

hombre debe buscar el reino de la felicidad dentro de sí mismo; pero a diferencia de aquellos instructores, no admite discípulos, secuaces ni partidarios porque sostiene que ser discípulo de los individuos es traicionar la verdad. Quiere que los hombres se conviertan en discípulos de la verdad misma, sin principio ni fin; que no acepten nada por la autoridad de otro, que el conocimiento sea únicamente resultado de la propia experiencia. Así, en su afán de despertar la inteligencia de los hombres y de destruir la superstición, prefiere a aquellos que le discuten y no están conformes con lo que dice, que a los que aceptan su enseñanza sin un previo análisis muy detenido y profundo.

Ahora, deseando demoler todas las barreras que impiden a los hombres acercarse a la verdad que él mantiene, acaba de disolver la Orden de la Estrella, de la que era jefe y vida. Funda su decisión en las siguientes razones, que expuso en un magnífico discurso:

"La verdad no puede ser organizada, ni puede estar contenida en una organización particular.

El interés por la verdad no puede aumentar por el proselitismo a través de las organizaciones.

Las religiones, filosofías y organizaciones espirituales, en general, forman barreras para la comprensión de la verdad.

Sólo unos pocos llegarán a comprenderla, y para esos no es necesaria la organización; en cuanto a los débiles, harían de ella una "muleta" más."

Declaró nuevamente que no quiere discípulos, ni desea nada para él de los hombres, y que su único trabajo, su único fin en la vida era hacer a los hombres libres.

SENDRA

- Bessedé.** - Lo que todos deberían saber (Iniciación sexual); 2 ptas.; tela, 3'50.
- Bocaccio.** - Los cien cuentos de Bocaccio; 4 tomos; 8 ptas.; tela, 14.
- Bloch, P. J.** - La sustancia universal, 3 ptas.
- Bolsche.** - Los continentes y los mares, 3 ptas.
- Buen, O. de.** - Las ciencias naturales en la época moderna; 5 tomos en tela, 17'50 ptas. - Nociones de Geografía física; tela, 3'50 ptas.
- Casadesús.** - ¿Quiere usted hablar y traducir inglés?, 4 ptas.; tela, 5.
- Cámara, E.** - Historia sintética de España y América española hasta su emancipación; 7 ptas.; tela, 10.
- Campoamor.** - Poesías escogidas; tela, 5 ptas. - Los pequeños poemas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Doloras y Humoradas; 3 pesetas; tela, 4'50. - Poemas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Poesías y Cantares; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Cervantes.** - Don Quijote de la Mancha. (Edición monumental, en dos grandes volúmenes con láminas. En tela y planchas doradas, 50 pesetas.) - Don Quijote de la Mancha. (Edición Excelsior, con 745 grabados. En tela y planchas doradas, 20 pesetas.)
- Casañ, V. S.** - Conocimientos para la vida privada. Primera serie: La prostitución. - Secretos del lecho conyugal. - La virginidad. - Onanismo conyugal. - Los vicios solitarios. - La pederastia. - Fenómenos sexuales. - El matrimonio y el adulterio. - El amor lesbio. - Costumbres y vicios sexuales. Segunda serie: El embarazo. - El parto. - El aborto. - La esterilidad. - La impotencia. - Higiene del matrimonio. - La calipedia. - Monstruosidades humanas. - Enfermedades secretas. - Enfermedades de las mujeres. Cada título, 0'75. Los veinte títulos, encuadernados en cuatro tomos, en tela, 25 pesetas.
- Chatre, M.** - Historia de los Papas y de los Reyes. Cinco grandes tomos, ilustrados con láminas en colores, en tela, 75 pesetas.
- Ciervo, J.** - El arte y el vivir de Fortuny. (Biografía y estudio artístico, con 108 ilustraciones.) Tela, 15, ptas.
- Chardon.** - Floreal, 1'50 ptas
- Cruevilher.** - Higiene popular; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Cantú, C.** - Historia Universal. Consta de 43 tomos, ilustrados con multitud de láminas y mapas en colores. Edición de lujo, 190 pesetas. Por tomos sueltos, 4'50 cada tomo, Edición corriente, en tela, 105 ptas. Por tomos sueltos, 3'50 cada tomo.
- Castelnuovo.** - Entre los muertos, 2'50 ptas.
- Dante.** - La Divina Comedia. (Con 79 láminas.) 7 pesetas; tela, 10.
- Darío, Rubén.** - Los raros. (Biografías de hombres célebres.) 3 ptas.; tela, 4'50. - La vida de Rubén Darío. (Escrita por él mismo.) 3 ptas.; tela, 4'50. - Cantos de vida y esperanza; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Darwin.** - Origen de las especies; 3 tomos; tela, 10'50 ptas. - La expresión de las emociones; 2 tomos; tela, 7 ptas. - Mi viaje alrededor del mundo; 2 tomos; tela, 7 ptas.
- Delaisi.** - El petróleo. (La plutocracia yanki.) 4 ptas.
- Delclós.** - El contador universal, 1 pta.
- Dunois.** - El secretario universal; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Debay.** - Venus fecunda y calipédica, 3 ptas.
- Edmund.** - El catecismo de la ciencia, 1'50.
- Enguerrand.** - Las razas humanas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Nociones de las primeras edades de la humanidad; tela, 3 ptas.
- Estévez.** - Resumen de Historia de España; tela, 3 ptas.
- Espronceda.** - Obras poéticas; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Eulate, C.** - La mujer en el arte; 6 ptas. - La mujer en la Historia; 6 ptas. - La mujer moderna; 6 ptas.; tela, 9.
- Fischer, A.** - La mujer médico del hogar. (Ilustrada con 448 grabados y 28 láminas en colores.) En tela, 50 ptas.
- Ferrer, F.** - La Escuela Moderna; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Fola Igúrbide.** - Leyes del Universo; 4 tomos, 16 pesetas; tela, 24.
- Goethe.** - Fausto; tela, 5 ptas.
- Grave, J.** - Las aventuras de Nono; 2 ptas.; tela, 3'50. - Tierra Libre; 2 ptas.
- Gourmont.** - Física del amor; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Helne, E.** - El libro de las cantares; tela, 5 ptas.
- Hugo, Víctor.** - Dramas. Tomo I: Hernani. - El rey se divierte. - Los burgraves. Tela, 5 ptas. Tomo II: Lucrecia Borgia. - María Tudor. - La esmeralda. - Ruy Blas. Tela, 5 ptas.
- J. Hire.** - El infierno del soldado, 1'50 ptas.
- Homero.** La Iliada; 2 tomos; tela, 7 ptas. - La Odisea; 2 tomos; tela 7 ptas.
- Istrati, C.** - Curso metódico de Química y Mineralogía. (Con 234 grabados.) 15 ptas.; tela, 20.
- Jaquinet.** - Compendio de Historia Universal; 3 tomos, 6 ptas.; tela, 10'50.
- Koheer.** - La calvicie. (Cómo se evita y cómo se cura.) 4 pesetas.
- Khune.** - La nueva ciencia de curar; tela, 15 ptas. - La expresión del rostro; tela, 20 ptas.
- Kropotkine.** - La Gran Revolución. (Con 653 ilustraciones.) Tela, 25 ptas.
- Lamartine.** - La Revolución Francesa; 3 tomos, 9 pesetas; tela, 12.
- Lara M.** - Primeros socorros que deben prestarse en toda clase de accidentes; 2 ptas.
- Leopold.** - Manual de Obstetricia. (Ilustrada.) Tela, 12 ptas.
- Leghan.** - Química biológica; 8 ptas.
- Letorneau.** - Psicología étnica; 4 tomos; tela, 12 ptas.
- Lluria, E.** - Evolución superorgánica; 2 ptas.
- Manaut, P.** - Higiene de la mujer; 2 ptas.
- Marestán.** - La educación sexual; 3'50 ptas.
- Malvert.** - Origen del Cristianismo; 2 ptas.
- Malato.** - Primer Manuscrito; tela, 3 ptas.
- Meyer.** - Léame usted y sabrá francés; 1 pta.; tela, 2 ptas.
- Mantegazza.** - Higiene del amor; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7. - Fisiología del placer; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7. - Los amores de los hombres; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7.
- Monlau, F.** - Higiene del matrimonio. (Ilustrada.) Tela, 7 pesetas.
- Martínez.** - Botiquín escolar; 0'75.
- Mas Tayeda.** - La revolución numérica; 15 ptas.
- Marcilla.** - El amor en verso; 1 pta. - Oratoria en verso. 1 pta.
- Méndez, N.** - José Martí. (Su vida y su obra.) 4 ptas.
- Milton, J.** - El paraíso perdido. (Con láminas.) 7 ptas.; tela, 10.
- Montilla.** - Historia Universal para niños, 1'50 ptas.
- Nergal.** - Evolución de los mundos; tela, 3 ptas.
- Nin y Tudó.** - Para la mujer; 2 ptas.
- O'Neill.** - La voz humana. (Con láminas.) 6 ptas.; tela, 9.
- Orts, R.** - Novísimo secretario universal; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Palasí, F.** - Compendio de Gramática castellana; 2 ptas.
- Pargame.** - El origen de la vida; tela, 3'50 ptas.
- Petit, M.** - El niño y el adolescente; tela, 3'50 ptas.
- Polacco, R.** - Lo que deben saber todas las mujeres; 3 ptas.
- Reclus, E.** - El hombre y la tierra. (Historia social del mundo, desde sus orígenes hasta la edad contemporánea.) Obra monumental; 6 grandes tomos, con 1.786 ilustraciones; en tela y planchas doradas, 180 pesetas la obra completa. Por cuadernos, a 0'75 cada uno. Consta de 166 cuadernos. Se envía también por tomos sueltos, a 30 pesetas cada tomo.
- Rubén, L. V.** - Evolución de los seres vivientes; tela, 3 ptas.
- Ruíz, L.** - Clave matrimonial; 3 ptas.
- Samaniego.** - Los animales hablan; 1'50 ptas.
- Sauerwein.** - Historia de la Tierra; tela, 3 ptas.
- Shakespeare.** - Dramas. Tomo I: El mercader de Venecia. - Macbeth. - Romeo y Julieta. - Otelio. Tela, 5 ptas. Tomo II: Sueño de una noche de verano. - Medida por medida. - Coriolano. - Cuento de invierno. Tela, 5 ptas. Tomo III: Hamlet. - El rey Lear. - Cimbeline. Tela, 5 ptas. Tomo IV: Julio César. - Como gustéis. - Comedia de equivocaciones. - Las alegres comadres. Tela, 5 ptas.
- Schiller.** - Dramas. Tomo I: Guillermo Tell. - María Stuardo. - Doncella de Orleans. Tela, 5 ptas. Tomo II: Don Carlos. - La conjuración de Fiesco. - Cábales de amor. Tela, 5 ptas. - Tomo III: La novia de Mesina. - Vallestain. Tela, 5 ptas.
- Sánchez R., J.** - La Aritmética del obrero, 1'50 ptas. - El abogado del obrero. (Agotado.) - La Gramática del Obrero, dos pesetas.
- Santano.** - No cometa más faltas de Ortografía, 3'50 ptas.
- Subirana.** - Ortografía castellana; tela, 3'50.
- Springer.** - El médico del hogar. (Obra importantísima, con 936 grabados, 56 láminas y dos modelos anatómicos desmontables.) En tela, 45 pesetas.
- Toulouse.** - Cómo se forma una inteligencia; 2 pesetas; tela, 3'50.
- Urales.** - Sembrando flores; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Vander.** - Nuevo sistema de curación natural. (Obra importantísima y de alto valor científico, ilustrada con multitud de grabados y láminas en color.) Tela, 25 ptas.
- Varios.** - La verdadera ciencia de curar. (Sin drogas ni operaciones. Sistema Khune. Adaptado a las características de la raza latina. Obra de gran interés y de gran utilidad.) Tela, 20 pesetas.
- Vanuel, A.** - La cultura alemana contra la civilización; 1'50 ptas.; tela, 3.
- Varios.** - Enciclopedia del amor. (Ilustrada.) 4 ptas.; tela, 6.
- Wagner, R.** - Dramas musicales. Tomo I: Rienzi. - El buque fantasma. - Lohengrin. - Tristán e Isolda. - Los maestros cantores. Tela, 5 ptas. Tomo II: Tanhauser. - El anillo de Nibelungo. - El oro del Rhin. - La Walkyria. - Sigfrido. - El crepúsculo de los dioses. - Parsifal. Tela, 5 pesetas.
- Wood, M.** - Lo que debe saber toda joven; 1'50 ptas.; cartóné, 2'50.
- X. X. X.** - Cartilla filológica española; 1'50.
- X. X. X.** - Gramática de esperanto; 1'50; tela, 2'50. - ¿Quiere usted hablar esperanto; 0'75. - Ejercicios de lectura francesa; 1 pta.; tela, 2. - ¿Quiere usted saber francés en diez días?, 0'75. - ¿Quiere usted saber inglés en diez días?, 0'75. - ¿Quiere usted saber alemán en diez días?, 0'75. - ¿Quiere usted saber italiano en diez días?, 0'75.
- Manual completo de cocina; rústica, 5 ptas.; tela, 6.**
- Zaborowski.** - El hombre prehistórico; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Zimmerman.** - Historia Natural. (La más completa y moderna. Consta de 24 tomos, ilustrados con grabados y láminas en colores. Edición de lujo, 105 pesetas. Por tomos, 4'50 pesetas cada tomo. Edición corriente, en tela, 80 pesetas. Por tomos, 3'50 pesetas cada tomo.



Amenidad. - Interés. - Educación sexual. - Arte. - Conocimientos útiles para la vida privada. - Ética moral y científica. - Colaboración selecta de las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial.

Precio, UNA peseta. — Pídalos hoy mismo a ESTUDIOS, Apartado 158. — Valencia.

ESTUDIOS



Consultorio Médico de **ESTUDIOS**

**DR. ISAAC PUENTE**

MÉDICO

MAESTU (Álava)

**Precios de consulta**

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

**Dr. Roberto Remartínez**

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Hidroterapia. Cromoterapia. Fototerapia. Electricidad. Sol artificial. Rayos X. Diatermia, etcétera.

Consultas por correspondencia, rigurosamente reservadas. Pídase cuestionario. Personalmente consultas todos los días laborables de 9 a 12.

A los lectores que presenten el cupón adjunto, descuentos fijos de 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas, y de un 25 por 100 en los tratamientos en la clínica, exploración con los Rayos X, etc., etc.

**DR. L. ALVAREZ**

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

**Precios de consulta:** Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

**Dr. M. Aguado Escribano**

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 %, en las sucesivas.

**J. PEDRERO VALLES**

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

**ESTUDIOS**

CUPÓN CONSULTA

Núm. 74. — Octubre 1929

*Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.*